

Pequeñas historias, grandes transformaciones



creemos
en los
profesores

arauco

Fundación
Educativa



Para ARAUCO, la educación tiene un poder transformador que aporta libertad a las personas, equipara sus oportunidades, contribuye a reducir la brecha de la pobreza y actúa como principal motor del país. En este contexto, en 1989, creó Fundación Educacional Arauco con la misión de apoyar la educación municipal y el acceso a la cultura, para entregar mayores oportunidades a los niños y jóvenes de sectores vulnerables. Desde entonces, la Fundación ha realizado programas de mejoramiento educativo y cultural en las regiones de Maule, Ñuble, Biobío y Los Ríos.

En la búsqueda de resultados sustentables, se ha optado por desarrollar programas durante períodos prolongados, involucrando a todos los docentes de las escuelas, así como a equipos directivos y autoridades educacionales locales.

Desde su creación, Fundación Educacional Arauco ha desarrollado programas en 34 comunas y 575 escuelas y centros comunitarios, beneficiando a 5.141 profesores y agentes educativos que atienden cada año a 101.940 niños y jóvenes.

arauco | Fundación
Educativa

Concepto, producción y edición: Memoria Creativa

Co-edición: Fundación Educacional Arauco

Ilustraciones:

- Leonor Pérez
- Amparo Phillips
- Pulipali (Paula Díaz)
- Diestro Ilustraciones (José Oportot y Camila Leiva)
- Francisca Yáñez
- Paloma Valdivia

Diseño y diagramación: Procorp

Santiago de Chile, agosto 2020

© 2020 Fundación Educacional Arauco

Registro de Propiedad Intelectual N° 2020 – A – 6575

Pequeñas historias, grandes transformaciones

creemos
en los
profesores

arauco

Fundación
Educativa





34 comunas
575 escuelas
5.141 profesores
101.940 estudiantes

ARGENTINA

LA ARAUCANÍA

LOS RÍOS



CONTULMO

TIRÚA

MARIQUINA

LANCO

MÁFIL

VALDIVIA

CORRAL

PANGUIPULI

PUTRONO

LAGO RANCO

LOS LAGOS

PAÍLLACO

RÍO BUENO

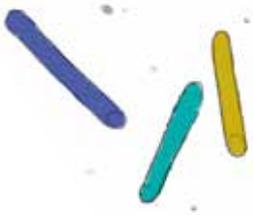
LA UNIÓN

Índice



Introducción	07
1. La metamorfosis educativa de Arauco	10
2. La trascendencia de los profesores rurales	15
3. La pequeña banda que se convirtió en Orquesta Bicentenario	18
4. Mejor persona, mejor profesor	25
5. Tres hermanas profesoras	28
6. Cuando los niños empezaron a ver el mundo en colores	35
7. Todos pueden aprender	38
8. Profesores a la medida de sus alumnos	43
9. Violines que cambian vidas	46
10. Un imborrable intercambio entre el campo y la ciudad	51
11. Estrategias que forman opinión	54
12. La vida es como las matemáticas	59
13. “La herencia de mis hijas”	62
14. “Johanna, tú puedes”	67
15. Nueva cultura de colaboración	70
16. Un profesor, un alumno y una casa de adobe	75

17. Profesores, alumnos y apoderados: todos pueden cambiar	78
18. Cuadernos con grandes experiencias	83
19. Aprender a contener	86
20. Escuchar y entender juntos	91
21. Lebu mágico, secreto y literario	94
22. Una relación de cuento	99
23. Un colegio nuevo, un espíritu colaborativo y una comunidad ávida	102
24. Confiar en los alumnos	107
25. Los niños como centro, el profesor como mediador	110
26. El logro es de todos	115
27. El abrazo al final de una etapa	118
28. Mucho más que libros: compromiso	123
29. Una escuela, dos vidas	126
30. Nuevas estrategias de hace diez años	133
Creemos en los profesores	137
Agradecimientos	151



A la memoria de Don Anacleto Angelini,
Don José Zabala y Don José Tomás Guzmán.

A las profesoras y los profesores de Chile.
A quienes hemos acompañado como Fundación
y a quienes no conocemos y que se empeñan a
diario en lograr que sus estudiantes lleguen
a ser grandes personas.

Introducción

Hace 30 años, en Chile no había tantos puentes ni carreteras pavimentadas ni vuelos frecuentes al sur. Los profesores hacían su trabajo a puerta cerrada, aislados, sin apoyo externo, con recursos ínfimos y, además, expuestos al frío en invierno.

En ese contexto, Don Anacleto Angelini, visionariamente, decidió abordar el tema de la educación en los territorios donde la empresa Arauco operaba. Con la mirada integral de Don José Zabala y Don José Tomás Guzmán, ambos integrantes del directorio, se estableció que la empresa apoyaría una intervención educativa, con la premisa de generar en las escuelas y las comunas un empoderamiento de sus profesores, directores y alcaldes.

Así, en 1990, cuatro psicólogas y educadoras de una joven, nueva y aventurera Fundación Educacional Arauco, se internaron en la provincia del mismo nombre para ofrecer un programa propio en escuelas municipales. Con paciencia, obstinación y fe golpearon las puertas de los alcaldes primero y, a continuación, de los directores de educación. Se propusieron convencerlos de que la educación era esencial, de que podían trabajar juntos, de que los profesores y los alumnos podían crecer. Comuna por comuna, escuela por escuela, el equipo de la Fundación presentaba su Programa Interactivo para el Desarrollo de la Educación Básica a directivos y profesores, empaquetado en una carpeta azul plastificada, rotulada con una etiqueta autoadhesiva escrita a máquina.

Lo habían construido en torno a tres ejes: Lenguaje, Matemáticas y Autoestima. Recurrieron a académicas de excelencia en cada materia, mujeres que habían pensado y soñado la educación en grande, que habían generado modernas formas de enseñanza y que ya tenían numerosas publicaciones, como Mabel Condemarín, Lucila Tapia, Alicia Cofré y Neva Milicic.

El equipo inicial impuso desde los albores de la Fundación un sello indiscutible de calidad y de pertinencia en los contenidos y –de forma mayúscula– de valoración de los profesores.

Hasta entonces en Chile la educación era un tema poco valorado socialmente y, en consecuencia, también lo eran los profesores, en su abandono y aislamiento.

Muy tempranamente la Fundación se propuso elevar las expectativas de los docentes y para eso acudían a su terreno: su escuela, su localidad, su comuna. Y fue exigente: los profesores que se sumaran al programa tendrían que comprometerse a trabajar intensivamente durante tres años.

Eso no era todo. También debían admitir ser evaluados con inéditos instrumentos de la Fundación para medir los resultados del perfeccionamiento.

Fue emocionante, como todo período fundacional. Fue arduo y adverso también, por las mismas razones. Probablemente, el día en que las escuelas recibieron las bibliotecas prometidas, con igual cantidad de libros que de alumnos, los profesores confiaron y creyeron en la aventura. La Fundación cumplía. Entonces, ellos también.

Los primeros tres años fueron, de algún modo, de prueba. La Fundación debía demostrar que era capaz de abrirse terreno y que podía movilizar a profesionales de excelencia hacia las comunas para compartir sus conocimientos. Un desafío monumental, considerando que las comunicaciones, los desplazamientos y la logística eran frágiles y precarios en esos años.

Los alcaldes, los directores de una treintena de escuelas de Arauco y los profesores vieron todo eso. Estos últimos, además, se asombraban cuando escuchaban en persona a las autoras de los libros, que alguna vez habían sido sus referentes o sus apoyos, y vieron que no claudicaban ante ninguna tormenta ni viento sureño y que cumplían oportunamente con las jornadas agendadas.

La Fundación se acercó al mundo de la educación comunal con cuidado, de a poco, con prudencia y con respeto. Cuando comenzó entonces la confianza entre las partes, el Programa continuó ampliándose y fortaleciéndose en los años siguientes. En el camino, el equipo directivo descubrió cómo funcionaba la educación rural chilena. Vieron a profesores hacerles clases a niños de primero a quinto básico al mismo tiempo. Vieron a alumnos que llegaban con un hermano de 3 años para no dejarlo solo en la casa. Vieron escritorios tan desvencijados que había que poner un cartón encima para que no se rompiera el

papel al escribir. Vieron a niños que se sacaban las botas embarradas para no ensuciar la escuela y a profesores que apuntaban muros para que no se vinieran al suelo. Y aprendieron todo aquello que no les habían enseñado en la universidad.

El motor detrás de la arremetida inicial de la Fundación fue Don Anacleto y su convicción de que ARAUCO debía aportar en educación. Aún sobrevuela el mandato que le dio a ese joven equipo de visionarias profesionales: “Ustedes no están para abrir puertas, ustedes están para mejorar la educación”. Ese fue su legado, el que ahora ha llevado adelante su sobrino Roberto Angelini y los actuales directores de la Fundación Educacional Arauco.

Eran momentos de cambio en Chile, de echarle para adelante, y los profesores asumieron que tenían que dar educación de calidad a todos los niños y niñas de su comuna.

Tres años después la educación era distinta y seis años después, aún más. El país dio un salto cuántico en infraestructura y los nuevos caminos asfaltados pusieron a las escuelas rurales y a sus profesores en el mapa.

Han pasado 30 años desde ese agreste y emocionante comienzo y la educación hoy es un tema país. El espíritu de la Fundación se mantiene intacto, fiel al sello de sus iniciadoras, pero se han añadido nuevos ejes, tanto por demanda de los propios docentes, que anhelan ser gestores reales de la educación, como por los aprendizajes y cambios del entorno. Asimismo, las comunas y sus alcaldes aspiran a generar decisiones y definiciones propias y la Fundación les propone programas de acuerdo a esos intereses.

Por esa razón, para celebrar este aniversario número 30 se definió dar voz a los docentes, a los directivos, a las autoridades educativas y comunales, a los estudiantes y a los apoderados. Que ellos alumbraran esta historia que se ha construido en conjunto, para agradecer lo logrado y para renovar energías y continuar colaborando, con los aliados del ministerio, universidades, expertos y autoridades, en los procesos de mejora educativa de todo un territorio.

En estos 30 relatos, asoman algunas de las numerosas escuelas rurales y urbanas con las que se ha trabajado, algunos de los sectores y territorios que al comienzo eran desconocidos para la Fundación y hoy son parte de su identidad. También hay historias personales y profesionales de los educadores, que muestran su compromiso, sus expectativas y su transformación, sobre todo su aprendizaje y sus sueños. Su nueva autoestima.

En la suma de todos los relatos, se advierte el inmenso impacto de los profesores de zonas apartadas y rurales en el futuro de sus estudiantes. Se ve a los profesores creyendo a ojos cerrados en que sus estudiantes pueden aprender, opinar, pensar y crecer. A directivos que están dispuestos a cambiar e instalar prácticas de planificación y aprendizaje junto a otros. A autoridades y apoderados que entienden que su rol es clave para que los estudiantes aprendan y que se involucran junto a sus hijos e hijas.

La colaboración, el reconocimiento y la confianza cruzan estas historias. También la capacidad de escuchar, de reforzar desde lo positivo y sostener con empatía a sus estudiantes, así como la disposición permanente a revisar sus experiencias y aprender de ellas para ser mejores docentes.

El mejoramiento educativo es un esfuerzo largo, riguroso y sistemático, que muchas veces implica un cambio de creencias y de cultura, y requiere estrategias metodológicas, instalación de nuevas prácticas y formas de trabajo.

Hace 30 años, los profesores confiaron en la Fundación Educacional Arauco. Y desde hace 30 años la Fundación cree en los profesores, hoy con más fuerza que nunca.

Manuel Enrique Bezanilla U.

Presidente de ARAUCO

María Isidora Recart H.

Gerente Fundación Educacional Arauco

La metamorfosis educativa de Arauco

Cuando una inesperada visita tocó a su puerta, la exdirectora del Departamento de Administración de la Educación Municipal de Arauco, **Mafelda Cruz**, lo entendió: sola no podía cambiarles la cara a las escuelas de su comuna.

Programas impartidos por la Fundación Educacional Arauco en que Mafelda Cruz participó desde el DAEM:

- Programa Interactivo para el Desarrollo de la Educación Básica 1991-1994.
- Programa Raíces de apoyo al desarrollo del lenguaje 2003-2006.
- Plan provincial de fomento lector: programa "Arauco Lee" 2010-2013.



En 1991, a un año del retorno de la democracia en el país, la inmensa mayoría de las 29 escuelas básicas rurales de la comuna de Arauco se estaban cayendo a pedazos, literalmente. Los muros estaban agrietados, los techos no resistían las lluvias con viento de la geografía del sur y en algunos pasillos había que espantar a los ratones.

Mafelda Cruz, entonces directora del Departamento de Administración de la Educación Municipal (DAEM) de Arauco, trabajaba junto a un equipo de dos personas -entre ellas Flor Muñoz, coordinadora- y les faltaban horas en el día para atender las urgencias de la comuna. “Necesitábamos hacer un diagnóstico de la infraestructura de los establecimientos escolares de Arauco para presentarlo ante la Seremi de Educación, pero nunca alcanzábamos”, recuerda.

Hasta que una tarde de noviembre de ese año, sin previo aviso, se presentó en su oficina una fundación que venía dispuesta a colaborar con el Departamento.

Quince días después, motivados por ese encuentro, Mafelda y su equipo pusieron la primera piedra de un largo camino. Con ese apoyo lograron postular a fondos estatales para reconstruir los establecimientos. Once establecimientos concursaron en los fondos para escuelas rurales y diez en los de desarrollo regional, y todos los obtuvieron. Cuatro años después, ya habían sido completamente refaccionados. “En ese tiempo ningún profesor rural soñaba con perfeccionarse, porque eso significaba una inversión que no podían hacer y un tiempo que no tenían. Las escuelas rurales estaban muy apartadas”, relata Mafelda. Por eso, cuando la Fundación Arauco le ofreció impartir un programa con jornadas de perfeccionamiento para los educadores, Mafelda aceptó de inmediato. Compartirían metodologías y materiales de lenguaje oral y escrito, de razonamiento lógico-matemático, de planificación y evaluación y de comunicación, autoestima y psicología infantil.

Lloviera o tronara, una vez al mes los profesionales de la Fundación llegaban cargados de contenido a dar sus clases en alguna de las escuelas, que se iban rotando. Del traslado y del almuerzo de esas jornadas se hacía cargo el municipio. “Rápidamente nos fuimos apropiando de las tareas que nos tocaban. Todos entendimos que éramos parte de un todo y por eso nadie fallaba. A veces los especialistas debían viajar a lugares remotos, algunas embarazadas o con el barro hasta las rodillas, pero siempre llegaban”, recuerda Mafelda.

Algunos de los profesores, sobre todo los mayores y de formación normalista, no estaban muy convencidos de cambiar sus metodologías. Para entusiasmarlos, Mafelda convocó a los directores de las 29 escuelas. En diapositivas, les presentó a los académicos que trabajarían con ellos. Y, al final, les aseguró que cada hora de perfeccionamiento sería remunerada. En una gestión conjunta de la Fundación y el DAEM, los programas a impartir habían sido reconocidos por el Centro de Perfeccionamiento, Experimentación e Investigaciones Pedagógicas (CPEIP) del Ministerio de Educación. Desde ese momento, ningún profesor de la comuna tendría que trabajar un sábado para devolver las horas extra que dedicaba a perfeccionarse.

“Los profesores ganaron en todo sentido. Gracias a los programas se relacionaron con colegas de otras escuelas rurales. Conocieron nuevas realidades educativas, adquirieron conocimientos y estrategias, y tuvieron la oportunidad de aprender de grandes profesionales. Todo eso terminó por unir a la comuna y los profesores se convirtieron en la columna vertebral”.

Seis años después, en 1997, 106 docentes y más de 2.500 alumnos se habían visto beneficiados. Ese mismo año, las 19 escuelas que faltaban postularon a fondos de desarrollo regional, asistidas por el DAEM. Todas las recibieron. Dos de ellas, además, se transformaron en Liceo Técnico Profesional: la Escuela Básica de Carampangue (con especialidad en contabilidad, secretariado y electricidad) y la Escuela Filidor Gaete de Llico (con especialidad en pesca y acuicultura). “Cuando los profesores veían que los colegios estaban más armaditos se querían quedar, ya no se iban al poco tiempo. Y cuando un profesor se instalaba, la educación se volvía constante”.

Para cursar sexto, séptimo y octavo básico, los niños de Arauco ya no tendrían que viajar a Lota, a Coronel o a Concepción.

Entre 1991 y 2009, cinco escuelas de la comuna consiguieron la excelencia académica y las escuelas de Pichilo, Valle de Ramadillas y Las Puentes se posicionaron entre las diez mejores de la provincia. La autoestima de los profesores había aumentado y, con ello, también el rendimiento de los niños.

“Hubo un antes y un después de la llegada de la Fundación. Cuando los alumnos terminaban la educación básica se atrevían a soñar. Un título profesional o un título técnico comenzó a ser algo posible para ellos”, concluye Mafelda.





2

La trascendencia de los profesores rurales

Recién titulada, en 1989, una soñadora Marlene Padilla, hoy directora del Liceo Homero Villegas de la Región del Biobío, ignoró los consejos de sus profesores y se hizo una promesa. Si había estudiado educación, ejercería en un entorno rural.

Programas impartidos por la Fundación Educativa Arauco en que Marlene Padilla participó:

- Programa Interactivo para el Desarrollo de la Educación Básica 2000-2003.
- Plan provincial de fomento lector: programa "Arauco Lee" 2010-2013.

Marlene Padilla se tituló en 1989 de profesora básica. Siempre había soñado con hacer clases en lugares aislados, donde estuviera todo por hacer, y ese año fue seleccionada para trabajar el segundo semestre en la Escuela Rural Bidocente G-858 Agua del Molino, cerca de Tirúa, en la Región del Biobío, entre una vega, una quinta de manzanos y una cascada. Estaría a cargo de 99 niños de primero a sexto básico.

Allí la recibió el director Nelson Oportus. Las primeras noches durmió en una pieza sin ventanas y con piso de tierra, sobre un colchón. Metió hasta la cabeza en el saco de dormir, y se durmió escuchando el río Tirúa correr. De ahí sacaban el agua. Para la luz usaban lámparas de parafina.

A su clase los niños llegaban a pata pelada, con los pies partidos por el hielo en invierno y la tierra en verano. Algunos venían con los zapatos en la mano para hacerlos durar. “Había tres hermanos que llegaban en marzo con botas de plástico nuevas. En primavera las recortaban a la altura del tobillo. Y en verano les quitaban la punta y el talón y quedaban como chalas”, recuerda la profesora.

Marlene y Nelson, naturalmente, se enamoraron. “Si usted quiere que me venga, tendrá que ser casada”, le especificó ella. El matrimonio fue en enero de 1990 en Agua del Molino.

Tras las vacaciones de verano, Marlene regresó a la escuela con una caja llena de materiales escolares y una goma de borrar del porte de la palma de su mano que duró los tres años que fue profesora bidocente ahí. Cuando a los niños se les terminaba el único cuaderno que tenían, Marlene lo borraba hoja por hoja para que lo volvieran a usar. “Le decíamos ‘el charqui’, por sus hojas roñosas”.

Cuando ya tenían dos hijos, Nelson y Marlene se trasladaron a la Escuela Polidocente de Puerto Choque, a una hora de Cañete, en la comuna de Tirúa. Llenaron dos carretillas con sus cosas y, cuando se despidieron, lloraron los niños, sus padres y el matrimonio de profesores. En la mano, Marlene se llevó el pedacito de goma de borrar que le quedaba.

En Puerto Choque tampoco había luz ni agua, menos personal de aseo. “Al llegar, los niños se ponían sobre los zapatos unas pantuflas de lana de oveja. Cuando caminaban por la

sala, le iban sacando brillo al piso”. Los niños asistían con chalecos de lana y mantas de colores que ellos mismos teñían siguiendo la tradición mapuche, con extractos de hojas, tallos o raíces.

En 2003, Marlene ofreció su sala para que profesores externos la visitaran. “Quería ser la mejor profesora para mis niños y las capacitaciones eran dictadas por eminencias de la educación. Un día llegó la señora Mabel Condemarín y yo no daba crédito. Yo me había formado con sus libros en la universidad y siempre pensé que era una educadora francesa que había muerto hacía muchos años. Fue un honor escucharla”.

Entonces a Marlene se le abrió el mundo. Aprendió que no se trataba de cuánto leyeran los niños, sino de que les gustara leer. Y que los alumnos aprendían mejor manipulando y ejecutando que observando y escuchando. Para enseñarles la diferencia entre un ángulo recto y uno obtuso, formaban triángulos con bombillas de plástico. Con ellas medían y categorizaban. Los niños fueron aprendiendo, pese a que, de cada diez alumnos, nueve trabajaban. Araban la tierra. Recogían papas. Algunos llegaban a clases en mayo, cuando terminaban las cosechas. “Trabajé con ellos su autoestima, les enseñé a validar su cultura. Nadie había apostado por ellos y yo les mostré que eran capaces. Estaba convencida de que un niño de una escuela rural podía llegar a la universidad”.

Muchos quedaron en el camino. Otros, avivados por Marlene, cosecharon papas o vendieron cilantro para juntar plata y se arrancaron a Cañete, Lebu o Angol para cursar su educación media y torcer la mano del destino: para la mayoría de las familias, un niño que egresaba de octavo básico significaba un par de manos más para trabajar en el campo.

Un día, al finalizar una ceremonia de graduación de enseñanza básica, uno de sus alumnos regresó a la escuela con un saco de papas al hombro de regalo. Él las había cosechado. “Si no me lo acepta, me voy a enojar”, le dijo a Marlene.

“Yo entonces entré a la casa, saqué plata y le dije: ‘Este es mi regalo. Si no lo aceptas, yo me voy a enojar’. Un par de años atrás me lo encontré en Cañete. ¡Tenía su enseñanza media completa!”.



La pequeña banda que se convirtió en Orquesta Bicentenario

María Eugenia Muñoz y Óscar García,
profesora y director del Liceo Mariano Latorre de Curanilahue,
son los guardianes de un tesoro. Una revolución musical que,
además de catapultar los resultados académicos,
les dio a sus alumnos un sello.

Programas impartidos por la Fundación Educacional Arauco en que la Orquesta de Curanilahue ha participado:

- Programa de apoyo a la Orquesta Bicentenario de Curanilahue desde 1998 a la fecha.



Después de que cerraran las minas de carbón en los años 90, Curanilahue quedó convertida en una comuna pobre y estigmatizada, con mucha cesantía y poca educación. ¿Algún vecino escuchaba música clásica? Eso era de la élite, no de ese pequeño pueblo en la Región del Biobío. ¿Alguien tocaba un instrumento musical? Probablemente sólo el profesor de música del Liceo Mariano Latorre.

Sin embargo, Francisco Ruiz, director del liceo en esos años, pensó que en esa música abstracta, iluminadora y trepidante –junto al rigor de su estudio– se podía esconder una oportunidad para sus alumnos. En un viaje a Santiago, escuchó tocar a un grupo de colegiales y se le ocurrió entonces invitar a Curanilahue a la Orquesta Sinfónica Juvenil de Concepción. Esa noche, después de la presentación, asistió a una cena organizada por la universidad, donde conoció a Américo Giusti, profesor de música, violinista e integrante de la orquesta, quien tiempo después asumiría la primera dirección orquestal del conjunto de Curanilahue.

Ninguno de los dos reparó en el murmullo que se levantó entre los vecinos de Curanilahue: “¿Una orquesta de niños? ¡Es la idea más absurda que se haya escuchado en este pueblo!”.

Al inicio, el único aliado en su cruzada fue el fallecido alcalde Fermín Fierro, quien logró que el concejo municipal aprobara casi íntegramente el financiamiento del cuerpo de profesores. Los apoderados deberían pagar una módica suma mensual para que sus hijos asistieran a una clase individual y a otra colectiva, con toda la orquesta, semanalmente. En el contexto de la reconversión económica del pueblo, el monto no era sencillo de reunir, pero quienes no lo conseguían podían acceder a una beca.

Durante varios meses los niños violinistas practicaron las posturas con lápices primero y luego con unas varas y arcos de acrílico. La orquesta no tenía instrumentos propios, así es que los profesores aportaban sus violines, y se consiguieron algunos chelos en préstamo con la Orquesta Sinfónica de Concepción, que los niños se turnaban.

Eso fue así hasta que postularon a un fondo estatal de apoyo al arte y los alumnos empezaron a ensayar con instrumentos nuevos, que aprendieron a cuidar y a afinar.

Todo sonaba bien, pero pronto los impulsores de la orquesta, entre ellos la profesora María Eugenia Muñoz, su tenaz coordinadora, notaron que la mayoría de los alumnos inscritos eran hijos de profesores de música o niños de hasta 10 años. ¡No había adolescentes! Al hablar con los estudiantes entendieron lo que ocurría. “Cuando los jóvenes que tenían interés en la guitarra, por ejemplo, se iban a probar a alguna orquesta de ciudades cercanas, eran desanimados. Les decían que si no habían aprendido a tocar desde chicos nunca dominarían la técnica. “Nosotros les dimos un espacio en nuestra orquesta y un día un violinista invitado los vio tocar. Al final del ensayo les dijo: ‘No se trata de aprender desde niños. Se trata de que se sientan cómodos al tocar y de que dejen fluir el aprendizaje. No hay límites. Toquen de manera que les salga natural, pongan los dedos como quieran’”, rememora María Eugenia.

Lo importante era ser constantes y disciplinados. Asistir sin falta a las dos clases semanales, que duraban entre una y tres horas. Y practicar diariamente al menos una hora.

“Dedicarse a la música requiere un compromiso emocional de toda la familia. Al comienzo los papás tienen que participar de todas las clases, por si el niño luego en la casa no sabe cómo estudiar y lo puedan guiar”, cuenta María Eugenia.

Paulatinamente el entusiasmo de las familias de los niños músicos se fue extendiendo al resto de la comunidad.

El paisaje había cambiado.

En las tardes, desde el centro de Curanilahue se veían unos puntitos de uniforme escolar bajando del cerro con un violín o un pesado contrabajo. Con el apoyo de la municipalidad, y un nuevo fondo, en 1996 la pequeña orquesta inauguró sus giras: la primera fue a Lota. Luego vinieron Temuco, Coyhaique y Punta Arenas.





La mayoría de los niños nunca se había subido a un avión, pero muy pronto se volvió costumbre. En el año 2000, cuando asumió el expresidente Ricardo Lagos, la orquesta fue invitada por el Palacio de La Moneda a tocar durante el cambio de mando. ¡En cinco años la orquesta había llegado a tocar para todo Chile, en directo y por televisión! En Curanilahue, el alcalde instaló una pantalla en la Plaza de Armas y los vecinos se aglomeraron para ver a los niños actuar. “Fue impresionante, la plaza estaba llena”, recuerda María Eugenia.

La impecable presentación les permitió obtener una invitación a tocar en Europa. A su regreso, más de mil vecinos recibieron a sus pequeños músicos con una caravana que los acompañó desde la entrada del pueblo hasta la plaza. Agitaban pañuelos blancos y gritaban: “¡Viva nuestra orquesta!”.

La agrupación asistía adonde la invitaran. Parroquias, juntas de vecinos, escuelas rurales, municipalidades. También al Teatro Municipal de Santiago y al Congreso Nacional. “Desde aquella primera generación de alumnos de la orquesta, el liceo no volvió a ser el mismo. La orquesta mostró de manera abrumadora la importancia de la igualdad de oportunidades y que el centro de la educación debía estar en el alumno. Esa mirada terminó incidiendo en la gestión administrativa y pedagógica del liceo. Los profesores entendimos que el aprendizaje es un proceso lento, riguroso, disciplinado y a largo plazo. Y, sobre todo, que cada niño tiene un ritmo propio”, señala Óscar García, actual director del Liceo Mariano Latorre.

Como si fuera un semillero, y luego de que en 1998 el Ministerio de Educación decretara que el establecimiento fuera escuela artística, la revolución musical se expandió a discipli-

nas como la danza, el teatro, la música folclórica y la pintura, que significaron horas extra de estudio para los alumnos. Pero con ello vino una notable mejoría en su desempeño escolar. Los primeros 14 jóvenes músicos que dieron la PSU obtuvieron 128 puntos más que el promedio del resto de su generación.

En este vertiginoso camino su nombre cambió: hoy es la Orquesta Bicentenario de Curanilahue. Su lugar de ensayo también es nuevo: el terremoto de 2010 tiró al suelo el liceo y en su reconstrucción el diseño se intencionó: “Quisimos que el auditorio fuera un espacio abierto a la comunidad, transparente, con una impronta pública. Por eso permanece abierto de lunes a domingo, haya clases o no, para que entre quien quiera”, explica María Eugenia.

El nuevo auditorio es una construcción de hormigón moderna y amplia, con muros y cielos revestidos en madera y un ventanal de techo a suelo que inunda el recinto de luz natural. Los ensayos se ven desde la calle y la vitalidad de los alumnos riega la comuna.

Reunir instrumentos de calidad para los alumnos y mantener profesores de excelencia no es tarea fácil por su alto costo. Sin el apoyo de fundaciones, el sueño de la orquesta se desmoronaría. Pero María Eugenia, al igual que sus músicos, confía. “Hace diez años, cuando miraba hacia atrás y veía cuánto había crecido la orquesta, me asustaba. Eran niños que crecieron sintiendo que no tenían límite y me daba temor crearles falsas expectativas. Ahora sé que lo que un niño logra en la orquesta, lo logra en la vida. Y ya no me asusto”.



Mejor persona, mejor profesor

El director de la Escuela Galvarino de Cañete, **Luis Jorquera**, se formó como profesor sobre la marcha. La educación lo encontró en 1973 en una escuela rural de Provoque. Y fue en esa aula, ante cinco alumnos, que se encontró a sí mismo.

Programas impartidos por la Fundación Educativa Arauco en que Luis Jorquera participó:

- Programa Interactivo para el Desarrollo de la Educación Básica 1995-1998.
- Plan provincial de fomento lector: programa “Arauco Lee” 2010-2013.

En su juventud, mucho antes de convertirse en director de una escuela básica, Luis Jorquera quería ser carabinero. Había crecido en una modesta familia de campo y pese a que había terminado sexto de humanidades en Cañete, en la Región del Biobío, entrar a la universidad era un sueño lejano. “Tenía el complejo de ser el más pobre del curso, el más tímido, el que peor hablaba”.

En 1973, aspirantes a carabineros había de sobra. Lo que se necesitaba en la región eran 60 profesores y el panorama era desolador: al concurso público se presentaron cinco. Sin más conocimientos que los del liceo, postuló. A los seleccionados que tenían educación media, pero que no habían estudiado pedagogía, los llamaron profesores interinos. Uno de ellos era Luis.

A 30 kilómetros de Cañete, a orillas del lago Lanalhue, en agosto de ese turbulento año Luis se estrenó como único profesor en la Escuela Rural de Provoque, a la que asistían cinco niños. Como recurso educativo, sólo disponía de los libros ministeriales.

Contra todo pronóstico, en cuatro meses sus cinco alumnos sabían leer y escribir y, además, sumar y restar. “Nadie me enseñó a ser profesor, fue intuitivo. Para enseñarles caligrafía los hacía soltar la mano amasando migas de pan. Para entender los números contaban árboles y arbustos al aire libre”.

En 1974, la dirección provincial lo contrató por tres años para ser profesor unidocente de la Escuela de Coihueco, a 50 kilómetros de Cañete, donde había 23 alumnos. Al año siguiente se duplicaron. La dirección también lo inscribió en un curso de iniciación pedagógica. Allí aprendió desde cómo llenar un libro de clases hasta cómo hacer una planificación curricular. Durante un año, los viernes por la tarde ensillaba un caballo y galopaba durante dos horas para llegar al paradero más cercano, en la carretera. En invierno, con la manta empapada, esperaba la micro que en una hora lo dejaría en Cañete. La hostilidad del trayecto era lo de menos.

“En el curso me encontraba con profesores urbanos de corbata y yo venía de una escuela rural, con la ropa arrugada. Me pesaba no tener título”. En 1980, le ofrecieron la posibilidad de obtenerlo en la Universidad de Concepción y rindió las cuatro pruebas: lenguaje, matemáticas, ciencias e historia. Ingresó en el puesto 70 entre los 300 interinos y por primera vez, se le empezó a quitar el sentimiento de inferioridad.

Después de nueve años como profesor unidocente en Coihueco, en 1983 llegó a la Escuela Galvarino de Huentelolén, en plena carretera, a 20 kilómetros de Cañete. Allí continuó siendo eficiente, pero estricto. Si un estudiante llegaba un minuto tarde, le cerraba la puerta sin escuchar razones. Si alguno se quedaba dormido, lo despertaba con un golpe en la mesa y lo mandaba a inspección. “Así fui criado”, dice.

Hasta que en 1995 se enteró de que se impartiría un programa de perfeccionamiento en su comuna y en su escuela para trabajar la autoestima. Se usaban representaciones. “Una vez representamos a un niño que llegaba atrasado y se le recriminaba por eso. Cambiábamos de actitud y en lugar de recriminarlo le preguntábamos por qué había llegado tarde. Aprendí que yo debía escuchar y acoger, y que debía preocuparme de valorar a cada estudiante, no sólo fijarme en sus resultados”.

Después del programa Luis hizo un ejercicio. Uno de los alumnos llegó tarde y, en lugar de dejarlo afuera, lo hizo entrar y le preguntó los motivos. Resultó que sus abuelos estaban enfermos y él se turnaba con su mamá para cuidarlos. “Eso me marcó”.

Luis continuó siendo un profesor exigente, pero sus alumnos sabían que no pasaría nueva materia ni haría evaluaciones hasta que todos hubieran aprendido. “Gracias al programa me valoré como profesor y como persona. Antes de llegar a la Galvarino había trabajado solo, en zonas fronterizas, y hacía las clases a mi pinta. Creo que me volví más humano”.



Tres hermanas profesoras

Imitando a su abuela y a sus padres, desde niñas Alma, Grecia y Victoria Ruiz jugaron a ser profesoras. En la Escuela San Pedro de Laraquete comprobaron el poder de la educación.

Programas impartidos por la Fundación Educacional Arauco en que las hermanas Ruiz participaron:

- Programa Interactivo para el Desarrollo de la Educación Básica 1991-1994.
- Programa Raíces de apoyo al desarrollo del lenguaje 2003-2006.



Alma y Grecia Ruiz son hermanas y tienen algo más de 80 años. Victoria es la menor de las tres y le queda poco para alcanzarlas. Todas son profesoras formadas en el rigor de las escuelas normales y viven en Laraquete, Región del Biobío. Cuando se juntan a tomar once, cantan despacito el himno de la Escuela San Pedro –de la que las tres se jubilaron– que escribió el marido de Alma, también profesor:

*Bajo sombra frondosa de Los Pinos,
junto a tierras que baña el mar de Arauco,
se levanta orgullosa nuestra escuela,
cual faro que ilumina la senda del barco...*

Laraquete es un pueblo costero que vivió del carbón durante el siglo XX. El padre de las hermanas no era minero ni tampoco oriundo de esa zona; era profesor, al igual que su mujer, de la única escuela de Reumén, una minúscula aldea de casas de tejuelas de madera, 400 kilómetros más al sur, en la Región de Los Ríos.

Cuando las hermanas eran niñas, muchas veces vieron a su padre acompañar a algún apoderado a la posta y a su madre llevar un plato de comida tibia a un niño enfermo. A veces, cuando podían, compraban zapatos y cuadernos para quienes no tenían nada.

Según iban cumpliendo 14 años, las Ruiz dejaban su casa en Reumén y se matriculaban en la Escuela Normal para convertirse en profesoras; Alma y Grecia en Angol, y Victoria en Chillán. Para visitar a sus padres, debían viajar una jornada entera en tren, en tercera clase, entre patos y gallinas. Salían a las ocho de la mañana y llegaban a las doce de la noche a Reumén. Su madre, viuda desde que Alma tenía 8 años, para estar más cerca de ellas decidió mudarse a Laraquete, donde continuó haciendo clases.

En los seis años que duraba la formación, las hermanas aprendieron matemáticas, tejido, música y caligrafía. También de modales y cortesía. Sobre todo, rigor y disciplina. “Teníamos que ser semiperfectas, nos exigían una entrega total”, recuerda Victoria. Sin embargo, no faltaba el cariño. En una ocasión, Alma faltó un mes a clases por enfermedad y al volver encontró sus cuadernos al día: sus compañeras se turnaron para copiarle la materia. Y si alguna vez tenía pena, sabía que podía contar con su profesora jefe.

La primera en ponerse a trabajar fue Alma y eligió la misma Escuela San Pedro de su madre, en Laraquete. Con el primer sueldo, se compró dos trajes de dos piezas y tres blusas. En la Escuela Normal le habían enseñado que su vestimenta debía ser impecable.

Victoria y Grecia no tardaron en llegar a Laraquete, a enseñar en la misma escuela.



c Dd Ee
Ij Kk Lll
Pp Qq Rr
Uu Vv Xxx Yyy
5 6 7 8 9

Su labor no tenía descanso. Trabajaban los fines de semana y después de clases. A veces, pasaban la noche en vela copiando sinónimos o calcando dibujos para sus 50 alumnos. Y si se había llovido la sala, abrigaban a los niños y los sentaban en el patio techado. Había que barajárselas para hacer las clases. “Y una se las tenía que arreglar como podía. En la Escuela Normal nos formaron para eso”, rememora Grecia.

Ese valioso, pero severo estilo de enseñanza empezó a quedar atrás en los años noventa. El país estaba cambiando y en Laraquete soplaban los primeros vientos de modernidad en educación. “Nosotras, que habíamos estudiado hacía tanto tiempo, aprendimos que podíamos acudir a nuevos recursos, a estrategias que volvían la enseñanza más eficiente y más entretenida, sin perder la disciplina”, asegura Victoria, quien llegaba los lunes a la escuela a aplicar lo que había aprendido en la jornada de formación del viernes anterior, a cargo de la Fundación Arauco.

Para ese entonces Alma se había convertido en directora de la Escuela San Pedro. A su cargo tenía a 40 profesores y más de 700 alumnos. En sus manos estaba la posibilidad de dar un vuelco a la educación de la comuna. A través del programa de la Fundación llegaron las primeras bibliotecas de aula y Alma instruyó a los profesores para que destinaran veinte minutos del día a una lectura silenciosa, siguiendo el método que la educadora Mabel Condemarín les había enseñado.

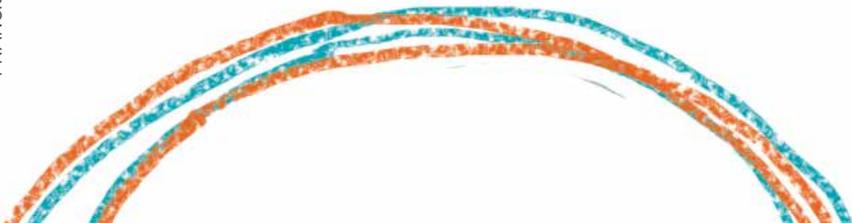
“Esa etapa fue hermosa. Cada sala tenía un estante con libros y los viernes yo me daba el gusto de ir a un curso a leerles a los alumnos un capítulo de *El niño en la cima de la montaña*, de John Boyne. Algunos lloraban... Las auxiliares dejaban el escobillón y se sentaban a escuchar”, recuerda Alma.

Las hermanas Ruiz se reinventaron y, en el camino, contagiaron a su familia de su amor por la enseñanza. De los 18 hijos que suman entre las tres, ocho son profesores. Entre ellos está Pilar Araneda Ruiz, hija de Grecia y profesora de la Escuela Los Pinos, en la Región del Biobío. “Mi mamá trabajó con la Fundación desde que sus programas llegaron a la comuna de Arauco en 1990 y 1991. Yo vi cómo mi mamá se transformó en una mejor profesional y también vi el avance en la calidad de la educación de la comuna. Ella participó con entusiasmo y compromiso, especialmente en el programa de desarrollo de la autoestima”, recuerda Pilar.

La tarde continúa cayendo en Laraquete.

—¿A propósito, cuándo viene Darío? —interrumpe Victoria.

Es un exalumno de la Escuela San Pedro. Cada vez que Darío vuelve a Laraquete pasa, sin falta, a saludar a sus queridas profesoras. Toma desayuno con Alma, almuerzo con Victoria y, con la ‘fresca’, pasa a la casa de Grecia a tomar once con ella.





Cuando los niños empezaron a ver el mundo en colores

Ana del Carmen San Martín descubrió un norte para organizar su trabajo como profesora de una escuela rural en Puico, Región del Maule, cuando incorporó con rigurosidad estrategias educativas validadas. Y sus alumnos también.

Programas impartidos por la Fundación Educativa Arauco en que Ana del Carmen San Martín participó:

- Programa Interactivo para el Desarrollo de la Educación Básica 2008-2012.
- Programa de acompañamiento en crisis 2010 y 2017.

“Mi primer trabajo fue en la Escuela San Sebastián, en Puico, una localidad a 30 kilómetros de Empedrado, el establecimiento más lejano de la comuna”, relata Ana del Carmen San Martín.

“Éramos dos profesores y unos cincuenta niños. Yo estaba a cargo de primero a tercero básico. De cada casita en las quebradas, cinco o seis hermanos bajaban corriendo por los cerros. En invierno, venían comiendo hielo que recogían por el camino. Y en septiembre, cuando florecían los membrillos, sacaban la flor y la saboreaban. ‘Oh, qué ricos son los chochitos’, me decían. En la escuela no había luz, pero la sala tenía grandes ventanales. Los papás nos llevaban leña para la salamandra en carretas tiradas por bueyes. Me acuerdo del Tengo y del Voy, esos dos animales venían siempre. Los niños traían un pedazo de tortilla de rescoldo y un huevo cocido de colación. Y yo les enseñaba a leer con pizarrón, tiza y borrador de paño”.

“Cuando llegaron los libros donados por la Fundación Arauco a la escuela, fue muy novedoso para los niños porque contenían imágenes. Sin luz, no tenían televisor. Sabían contar, porque arreaban a los animales y esquilaban a sus ovejas, pero no podían escribir los números. Todo era concreto para ellos hasta que los libros les trajeron fotos, dibujos y letras. Ahora podían ver animales y otras figuras representados en el papel”.

“Yo confiaba en mis alumnos, sabía que se la podían, pero a algunos les costaba más que a otros aprender. No confiaban en sí mismos. Todo lo que hacían lo encontraban malo. Si yo le decía a uno ‘qué linda te quedó la letra’, me contestaba ‘está fea’. En ese contexto rural, en las familias no existía conciencia de la importancia de valorar los progresos de sus hijos”.

“Los docentes y los directivos aprendimos a reforzar lo positivo y eso se lo traspasamos a los padres, para que celebraran el esfuerzo de sus hijos y destacaran sus pequeños logros. Pienso que esos papás por primera vez pudieron imaginar que, aunque ellos no hubieran continuado sus estudios, sus hijos eran capaces de salir adelante. Eso sí, fue un trabajo largo, de mucho esfuerzo y sacrificio, porque sus creencias estaban muy arraigadas. Pero se logró y hoy puedo afirmar que, en ese momento, el cambio de paradigma fue comunal”.

“Si soy honesta, tengo que decir que yo también cambié. Cuando la Fundación echó a andar sus programas, yo me ordené como profesora. Me apropié del currículum y empecé a desarrollar un plan de trabajo. Antes yo llegaba a la sala y saltaba de un tema a otro, no continuaba con el objetivo. Improvisaba. ¿Cómo iban a avanzar los aprendizajes así?”.

“Ser ordenada, planificar y entender que las estrategias iban asociadas a objetivos, generó una transformación en mis alumnos. Trabajar con ellos desde lo más simple primero, a lo más complejo después, les permitió entender que podían reforzar lo que ya habíamos visto y que podían hacer todas las preguntas que quisieran. Y eso modificó su actitud en la sala”.

“Aprendí también que a un niño no se le dice ‘te equivocaste’. Todas las mañanas, calentitos al lado de la salamandra, yo les preguntaba qué habían visto en el camino a la escuela. Una vez un niño contó que había visto un ‘helicoptro’ que metía mucho ruido. Y entonces yo le comenté de vuelta: ‘¿De qué color era el helicóptero?’ todas las veces que fue necesario hasta que repitió correctamente la palabra”.

“Cuando yo mejoré los procesos educativos, los niños también se ordenaron. Al aplicar las estrategias con rigurosidad, el aprendizaje de los niños mejoraba, especialmente con las estrategias de autoestima. En ‘Yo soy importante’, por ejemplo, los niños se tenían que dibujar y muchos se hacían cabezones, con dientes largos, con lentes redondos o sencillamente no se querían dibujar. Cuando empezamos a mirarnos al espejo, a reconocernos y a decir qué cosas nos gustaban de nosotros, todo cambió. Y lo más increíble: empezaron a escoger colores bonitos, porque antes usaban lápiz grafito y todo era plomo, plomo, plomo. Después de incorporar los colores, empezaron a dibujarse en entornos lindos, con flores, arcoiris, ríos, caballos. Yo pienso que entonces empezaron a ver el mundo diferente”.

“Fue una experiencia muy bonita. Los profesores y los directores de escuela encontramos un norte. Y, en esos años, entre todos hicimos que las estrategias aprendidas formaran parte de la cultura de nuestra comuna. La Escuela San Sebastián todavía mantiene estas estrategias en su Plan de mejoramiento educativo y hoy, desde la Unidad Técnica Pedagógica (UTP) de la comuna queremos recuperarlas para las demás escuelas”.



Todos pueden aprender

Rosalba Espinoza Vergara sabe que, además de rigor y organización, la educación requiere de paciencia y perseverancia para llegar a los alumnos. Por eso no sólo la valoran sus alumnos, también los apoderados.

Programas impartidos por la Fundación Educacional Arauco en que Rosalba Espinoza participó:

- Programa Interactivo para el Desarrollo de la Educación Básica 2004-2007.





En los años 2000, llegó un alumno nuevo al séptimo básico de la profesora Rosalba Espinoza Vergara en la Escuela Enrique Donn Müller, en Constitución. Según su mamá, era un niño difícil, que podía ser insolente y no respetaba los límites. Tenía el pelo largo y usaba *piercing*. Rosalba le contestó que no existen alumnos que no aprendan, que todos pueden si el profesor sabe llegar a ellos y darles tiempo. “Vamos a ver cómo lo transformo”, le dijo a la madre.

La profesora le pidió al curso que la apoyara y que invitaran al compañero nuevo a jugar fútbol. “No se burlen de él si pregunta en clases, porque puede que sepa menos que ustedes”, les advirtió.

El adolescente se integró muy rápido en el curso, que lo recibió con la mejor disposición. Por su parte, Rosalba se preocupó de conversar con él. Lo mantenía ocupado, lo mandaba a buscar tiza, le pedía que borrara la pizarra. Lo sentó frente a ella, pegado a su mesa. “Lo tomé en cuenta y le hice ver que era una persona igual a mí”.

Fue un trabajo en equipo, tanto Rosalba como sus alumnos ayudaron a que se pusiera al día. Le prestaban los cuadernos y le explicaban si no entendía algo. Al principio no participaba en

clases y Rosalba no se lo exigía. Ella practicaba todos los días la lectura silenciosa con sus alumnos. Les pasaba un texto para que lo leyeran y luego comentaban lo que habían entendido. Él se tomó su tiempo para adaptarse, hasta que un día levantó la mano y empezó a participar.

“Desde ese momento, él empezó a cambiar, a cambiar y a cambiar”, dice Rosalba. Pequeños detalles le fueron demostrando a la profesora que ya no era el niño arisco y desinteresado que había cruzado la puerta a principios de año. Cuando a Rosalba se le acababa el lápiz pasta, él le ofrecía el suyo. Ella le daba las gracias y le decía que podía esperar a que él completara su tarea.

El niño terminó el colegio y hoy trabaja en la empresa de celulosa. Cuando se encuentran en las calles de Constitución él le toca el hombro y le pregunta cómo está. “El verdadero pago de una profesora es el saludo y el respeto de sus alumnos”, dice Rosalba.

Una tarde, Rosalba estaba en un café con algunas personas y se acercó la mamá que años antes le había contado, afligida, los problemas que tenía con su hijo. Le tocó el hombro también y dijo delante de todos: “Ella es la mejor profe del mundo”.







Profesores a la medida de sus alumnos

Como jefa de UTP de la Escuela Valle de Ramadillas, **Clorinda Fritz** les exigió a sus profesores ser evaluados. Los nuevos estándares requeridos fueron el punto de partida para alcanzar resultados similares a los de un colegio particular.

Programas impartidos por Fundación Educativa Arauco en que Clorinda Fritz participó:

- Programa Interactivo para el Desarrollo de la Educación Básica 1991-1994.
- Programa Raíces de apoyo al desarrollo del lenguaje 2003-2006.



La profesora Clorinda Fritz lleva en su billetera, doblado en cuatro y con la letra ya borrosa, un recorte del diario *Renacer* de Arauco: “Escuela Valle de Ramadillas recibe premio por excelencia académica”.

En dos años de ejercicio como jefa de la Unidad Técnica Pedagógica (UTP) de esa escuela, que pertenecía al programa P-900 para establecimientos en riesgo social y educativo, Clorinda logró que obtuviera 320 puntos en el Simce, un resultado comparable al de colegios particulares de Santiago.

Levantada en una calle de tierra en verano –y barro en invierno–, asistían hijos de pirquineros del carbón, que llegaban sin zapatos y con hambre. En la escuela, situada a 30 kilómetros de Arauco y muy cerca del río Carampangue, los profesores tenían a su cargo a 50 alumnos y debían subirse a un piso para verlos a todos cuando hacían sus clases. La metodología era estrictamente normalista: un pizarrón para el profesor y un lápiz y un cuaderno para los alumnos. No había textos escolares, ni guías, ni material extra. A los 10 años, la mayoría de los niños no sabía leer ni escribir.

Después de ejercer durante más de una década como profesora, en 1991, Clorinda fue nombrada jefa de UTP y justo en ese tiempo llegó a la comuna un programa pionero. Clorinda se capacitó y decidió empezar a exigirles a los profesores nuevos estándares, en acuerdo con el director de entonces.

La primera medida fue instar a los docentes a ser evaluados. Además, la planificación, las actividades y los objetivos del año debían quedar establecidos en marzo. Liberó a los profesores de tareas administrativas para que se especializaran en una materia y para que atendieran horas de reforzamiento con los alumnos que lo requirieran. Y contrató a un profesor de inglés.

Luego, motivó a los profesores a comenzar sus clases con la frase: “No existen preguntas tontas” y a que llevaran a los niños al aire libre para que aprendieran a contar con los árboles, entendieran la biología a través de los animales y conocieran los accidentes geográficos en persona. “En esos paseos la participación de los niños se disparó. Podían ver y reconocer, y entonces aprendían. El protagonista ya no era el profesor al frente, repitiendo la materia, sino los niños. Aprendían por experiencia directa”, explica Clorinda.

Por las mañanas, hacía guardia en la puerta. Saludaba a los alumnos de beso y dedicaba varios minutos a conversar con los apoderados. Durante las horas de clases, recorría los pasillos para que ningún alumno se quedara fuera de la sala. Para los casos conflictivos, su instrucción fue que los profesores invitaran a esos niños a trabajar en grupo. “Cuando se juntaban con otros alumnos se volvían participativos y cariñosos. Se conectaban con sus compañeros y, por defecto, aprendían y mejoraban su disciplina”. A la hora de almuerzo, Clorinda se paseaba por las mesas para entusiasmar a los alumnos a que probaran nuevos alimentos. “Sólo comían pollo con arroz, pero yo les explicaba que las lentejas los harían más fuertes para estudiar. Y pasaban de comer dos cucharadas, a comer cuatro”.

A esa educación Clorinda la llama informal. “El contenido importa, pero no es lo único. No porque un niño tenga la cabeza llena de conocimientos y luego sea ingeniero será mejor persona. No queremos genios ni millonarios. Queremos que los profesores eduquen a personas que luego aporten al mundo”.

En 1991, se inició un camino sistemático y riguroso de mejoramiento en la escuela y pronto llegó el celebrado reconocimiento. Y aunque en un comienzo nadie apostaba por la Escuela Valle de Ramadillas, la excelencia académica perduraría por doce años.



Violines que cambian vidas

Cuando niño, las clases de violín en la orquesta de la Fundación CIFAN, en Valdivia, sacaron de la rutina a **Benjamín Román**. Con el paso de los años, comenzó a enseñar ese instrumento y terminó haciendo mucho más que eso.

Programas de la Fundación Educacional Arauco en que Benjamín Román participó:

- Programa transversal de Orquestas 2015-2017.



De la casa a la escuela, de la escuela a la casa. Era la rutina que Benjamín Román, en su infancia, quería cambiar. “Vivía en La Rinconada, un sector muy aislado de la ciudad de Valdivia, donde no tenía vecinos. En 2002, no tenía internet, no existía conexión con el mundo de afuera. Era muy aburrido estar en mi casa. Necesitaba algo más”.

Estaba por inscribirse en básquetbol cuando la Fundación Centro Integral Familia y Niño (CIFAN), que ofrece a niños y adolescentes inserción social a través de la música, fue a la Escuela Francia, en Valdivia, a anunciar que realizarían audiciones para su orquesta juvenil. Justo Benjamín era alumno de ese colegio.

Tenía 11 años cuando tomó por primera vez un violín en esa audición y lo convirtió en el instrumento que estaba buscando para transformar su vida. Después del colegio, iba a los ensayos al CIFAN. Tenía clases individuales de violín una vez a la semana y clases grupales tres veces más.

“A mí me cuesta comunicarme. La orquesta me acercó a los jóvenes y eso fue un estímulo para perseverar. Ya más grande entendí que la música era emocionante, y sobre todo, que a mí me emociona”.

Cuando cumplió 15, su profesor lo designó como asistente y, al cabo de un año, Benjamín empezó a dar clases y a recibir un ingreso. Sus alumnos, en riesgo social, duraban uno o dos años, y terminaban desertando por razones familiares. Con ellos usó el mismo método de sus propios profesores: se esforzaba por contestar todas sus preguntas y por explicarles cada movimiento, hasta que lo hicieran de manera automática.

“Es lindo ver los avances de los niños. El violín se aprende lentamente y los niños se cansan, pero cuando uno de ellos aprendía una postura, me dormía con la satisfacción de que había sido un buen día para ambos”.

Al lado de la sede de CIFAN, había una casa hogar del Sename y, con el apoyo de la Fundación Arauco, se creó un programa para incorporar a los niños de ese hogar que quisieran participar en la orquesta. Allí Benjamín conoció a tres hermanas de 8, 6 y 4 años. “No tenía que ir a buscarlas, llegaban solas a las clases. Venían a jugar, yo sabía que no se quedarían para siempre, pero mi objetivo era que lo pasaran bien, no sólo que aprendieran”.

No siempre las clases se trataban de partituras y cuerdas. Benjamín les preguntaba a sus alumnos cómo estaban, qué tal les iban las cosas en la casa. Un día dos hermanos llegaron muy callados. Benjamín se sorprendió, porque habitualmente eran muy revoltosos. “Detuve la clase y les pregunté: ‘Oigan, ¿qué les pasó?’ Se pusieron a llorar y me contaron que habían quebrado el vidrio de un vecino jugando a la pelota y que su mamá los había tratado mal, porque se enojó mucho. Ese día la clase no fue clase”.

La decisión que tomó Benjamín hace dieciocho años marcó su vida. Sabe que todo podría ser diferente si se hubiera inclinado por el básquetbol. No hubiera aprendido a tocar el violín, no habría sido profesor y no habría conocido a sus alumnos. “Yo sé que he generado un cortocircuito en sus mentes y que gracias a la música ahora saben que hay algo más fuera del colegio, de la casa y de la rutina”.





10

Un imborrable intercambio entre el campo y la ciudad

Cuando **Hernán Calquín** hizo el recuento de las fortalezas del liceo que dirige en Licantén, se dio cuenta de que podía dialogar de igual a igual con los mejores colegios de la región.

Programas de la Fundación Educativa Arauco en que **Hernán Calquín** participó:

- Programa de perfeccionamiento entre pares Caminar Juntos 2001-2005.
- Programa Raíces de apoyo al desarrollo del lenguaje 2006-2009.
- Programa de gestión escolar Liderando Líderes 2014-2017.
- Programa para el desarrollo de habilidades lectoras Puente Lector 2020-2022.

Nada es de un día para otro, piensa Hernán Calquín, director del Liceo Augusto Santelices Valenzuela de Licantén, una comuna de la Región del Maule que, en la mayor parte de su extensión, es bordeada por el río Mataquito, el cual en más de una ocasión se ha salido de su cauce, inundando el sector. Después de casi treinta años en el establecimiento, primero enseñando y luego como director, recuerda el tiempo en que ser profesor en Licantén no era un cargo muy apreciado, ya que primero o los más importantes eran los funcionarios públicos y carabineros que llegaban a servir en el pueblo.

De pronto cambió el entorno y comenzó una próspera relación de validación. “Recibimos ciertos apoyos que nos tenían muy contentos. Los profesores usábamos guías de aprendizaje muy bien impresas y los docentes que lograban que sus alumnos alcanzaran metas recibían premios a final de mes. Pensábamos que todo funcionaba bien”, relata. “Y me sentía un poco menos pelafustán”.

Hasta que profesionales del mundo de la educación de la Fundación Arauco se acercaron al liceo y Calquín pensó que les darían nuevas guías para los alumnos. Pero no fue así.

Lo que comenzó fue un largo trabajo de acercamiento y aprendizaje conjunto. Los profesores pedían los premios acostumbrados y en su lugar recibían estrategias, una nueva forma de ordenar el trabajo en la sala, un plan lector, herramientas como lectura paso a paso, mediciones, evaluaciones...

“Fue lento el acomodo. Hasta que un día nos plantearon que si queríamos podíamos ser como el Colegio Constitución. No creímos que fuera posible y así nació el programa Caminar Juntos”, recuerda Calquín.

¡El Constitución! Un colegio conocido en toda la región por sus altos estándares de desempeño, destacado a nivel nacional por sus resultados en el Simce y la PSU.

Como si fueran expedicionarios, Calquín y sus profesores estuvieron dispuestos a vivir la experiencia: su contraparte les mostraría el colegio y les explicaría cómo llegaban a sus sobresalientes resultados. Director con director, profesores

de matemáticas con profesores de matemáticas, los de lenguaje con los de lenguaje. Y de vuelta, el equipo del Constitución conocería el liceo en Licantén.

Empezaron a visitarse periódicamente. Calquín fue dos veces. “La verdad es que no éramos tan distintos... Nosotros también teníamos profesores buenos, profesores motivados y profesores sacadores de vuelta. ¡Eran humanos, no eran extraterrestres! Aunque el director sumaba varios magisteres y yo ninguno, me encontré con un tipo que tenía los mismos problemas que yo y las mismas ganas que yo.”

En el recuento final de Calquín, su sala de computación era mejor que la de ellos. Las salas del Constitución tenían menos alumnos que las de Licantén, y ellos tenían *lockers*. En el liceo había una radio y un canal de televisión que llamó la atención de la gente del Constitución. “Eso era lo diferente. El éxito tenía que estar en otro lado”, pensó.

Al final del programa Calquín entendió que en el Constitución se preparaban con un foco, que tenían una forma de trabajo. “Nosotros tendíamos a perdernos, nos justificábamos diciendo que allá eran como extraterrestres y resulta que fueron a las mismas universidades que nosotros. Eran tan entregados por su trabajo como nosotros, pero tenían fuerza en lo técnico. Si debo ser justo, nosotros no contábamos con un trabajo sistemático. Y aprendí a medir resultados, a trabajar en forma real y con distintas variables. A armar equipos de trabajo. Estar de igual a igual fue extraordinario”.

Calquín desmitificó que los colegios fueran buenos por sí solos. El Constitución sabía qué hacer, cuándo y cómo, porque tenía una cultura de trabajo. “Nosotros hacíamos las cosas por inercia. Sin este programa de la Fundación no habríamos pasado de ser una escuelita pública rural, acaso con algún logro. Tendríamos chispazos, siempre hay profesores buenos y si les toca una buena generación... Ahora la gran masa de nuestros estudiantes está en un buen rango y el 50% tiene la posibilidad de postular a la universidad. Ese es el resultado de la motivación y del compromiso de estudiantes y profesores. Ya no somos el último pelo”.



Estrategias que forman opinión

Entre visitas a las escuelas y reemplazos, Héctor Bascuñán debía arreglárselas para cumplir con sus otros deberes como jefe de UTP de Empedrado. Un cambio de metodología le permitió ser testigo de un giro en 180 grados.

Programas de la Fundación Educacional Arauco en que Héctor Bascuñán participó:

- Programa Interactivo-R para el Desarrollo de la Educación Básica 2008-2012.



Para llegar a su primer trabajo como profesor de la Escuela Rural de Rastrojos, ubicada 8 kilómetros al sur del cruce de Nirivilo, Héctor Bascuñán debía tomar un bus, caminar y cruzar el río Purapel, entre Constitución y Empedrado. Todo esto en la Región del Maule. De esos años, en ese sector sólo queda el olivo que ofrece su sombra en verano. Cuando el calor arreciaba, Héctor dejaba que los niños se sentaran debajo del gran árbol a leer. “Ese recuerdo me gusta mucho. A veces me pongo a pensar y me veo rodeado de niños, debajo de un árbol, con un libro en la mano. Me emociona”, cuenta.

En algún momento de su vida pasó a ser jefe de la Unidad Técnica Pedagógica (UTP) de Empedrado. Trabajó en la municipalidad por más de veinte años, pero continuó haciendo clases ocasionalmente. Si en una escuela de dos o tres profesores faltaba uno, allá llegaba Bascuñán para echar una mano y atender a los alumnos. Hasta profesor de arte fue alguna vez. Organizaba su horario y partía.

Visitaba los establecimientos, elaboraba pautas de evaluación y preparaba clases para nivelar a los niños en las materias donde habían mostrado más dificultad. También orientaba a los profesores. De las pautas de evaluación que aplicaba, realizaba un informe por alumno y se lo entregaba al docente. “Los profesores corregían los ejercicios como bueno o malo, pero no se fijaban en el proceso. Yo les mostraba cómo evaluarlo primero y luego cómo revisarlo con los niños”.

De alguna manera, Bascuñán se sentía luchando solo contra el mundo. Por eso, la llegada de la Fundación Arauco a Empedrado a compartir sus programas y estrategias fue muy

importante para él. En todos los años que trabajó en la comuna, Héctor pudo ver cambios positivos en los docentes, que al principio hacían clases sin contar con las herramientas apropiadas.

Los seguimientos a los profesores le permitieron acompañarlos hasta el aula, presenciar cómo aplicaban las estrategias que habían aprendido en las jornadas de perfeccionamiento y luego comentar todos juntos los resultados.

Los cambios pronto repercutieron en los alumnos. Se atrevían a opinar o a exponer frente al curso. “Ya no son como solían ser hace 25 años. No se limitan a repetir lo que dice el profesor o el libro, ahora expresan lo que piensan y sienten”.

Héctor continuó reemplazando de vez en cuando a los profesores y se percató de la transformación. Para una clase que había preparado, en una escuela mezcló a los alumnos sin importar el curso en el que estaban con el fin de que se apoyaran entre sí. Uno ordenaba, el otro escribía la presentación y el tercero exponía. “Los alumnos eran capaces de comentar lo que habían aprendido y sus compañeros opinaban sobre lo expuesto. Y esos fueron sólo los primeros pasos”.

No pasó mucho tiempo hasta que Bascuñán se dio cuenta de que ya no debía reservar horas a la semana para ir a apoyar a las escuelas. “Los profesores ya habían hecho suyos los programas y las sugerencias que se les habían entregado. Eso era justo lo que nos faltaba”.





12.

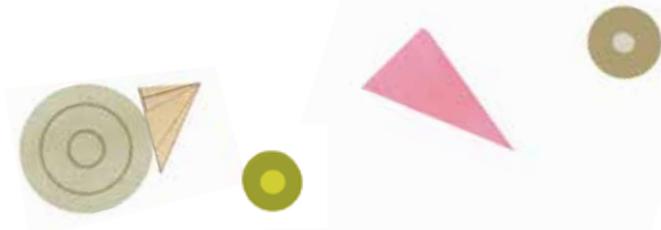
La vida es como las matemáticas

Desarrollar las habilidades de sus estudiantes guía a [Marisa Valentino](#) en su labor como profesora de primero a cuarto básico en Licantén. Su fórmula ha reportado grandes resultados en las pruebas de medición y valiosas proyecciones a sus alumnos.

Programas de la Fundación Educativa Arauco en que Marisa Valentino ha participado:

- Programa de perfeccionamiento entre pares Caminar Juntos 2001-2005.
- Programa Raíces de apoyo al desarrollo del Lenguaje 2006-2009.
- Programa para el desarrollo de habilidades lectoras Puente Lector 2020-2022.

Pequeñas historias, grandes transformaciones



La primera vez que un cuarto básico de la profesora Marisa Valentino dio la prueba Simce fue en Licantén, en la Región del Maule, hace una quincena de años. Trabajaba en el mismo liceo donde hoy hace clases, el Augusto Santelices Valenzuela, y había tomado a esos alumnos en primero básico.

Marisa se preguntaba cómo podría compartir el material que le proporcionaban en el programa de la Fundación Arauco al que asistía, donde había descubierto nuevos recursos, como “Un problema para cada día” y la lectura compartida.

“En el liceo no había un sistema de multicopiado. Todo era muy precario entonces”, recuerda. Hasta que una mamá le dijo que su hermano trabajaba en una tienda de impresoras y le ofrecía una “híper usada” a muy buen precio. “Lo bueno es que funcionaba con unos cartuchos que la marca daba de baja cuando se acababan, pero si se sacudían les salía tinta todavía. Y empezamos a imprimir material, yo hacía el original con el material de mis cursos y ella multicopiaba. Ese año, a los niños les fue muy bien en el Simce. Estábamos horas sacudiendo e imprimiendo, sacudiendo e imprimiendo”, recuerda Marisa.

Aquel programa terminó siendo fundamental en el desempeño de Marisa como profesora. En la universidad, se había inclinado hacia el lado humanista y les había hecho el quite a las matemáticas, pero hace quince años se puso al día por temor a ser ineficiente para sus alumnos. “En la formación que recibí de la Fundación aprendí que la clave de las matemáticas está en desarrollar las habilidades y no solo el contenido, y eso me guía hasta hoy”.

Marisa aplica las herramientas a diario. “Les presento a los estudiantes un problema en forma oral, sin lápiz ni papel sobre la mesa. Tienen que estar atentos y concentrados.

Y juntos desarmamos el problema para mirarlo por todos lados. Ellos comparten cómo lo hicieron o en qué punto de su razonamiento fallaron. Son diez minutitos, pero debe ser sistemático. Todos los días”.

–¿Niños, falta algún dato o sobra alguno? –pregunta Marisa después de presentar un problema en el que unos gatos amarillos son protagonistas.

–No importa que los gatos sean amarillos. Pueden ser de cualquier color –responde una niña.

La magia ha ocurrido y los niños entienden. Sintonizan con la capacidad de razonar un problema simple a partir de una pregunta compleja.

A veces Marisa les pide a sus alumnos que inventen un problema matemático. “Lo hacen y se resuelve entre todos de la misma manera. De repente yo les pregunto: ‘¿Cómo llegaron a ese resultado?’. Me explican y les digo que yo nunca habría llegado por ese lado. ‘Niños, lo que están haciendo es maravilloso, miren todos los caminos que hay para llegar al mismo lugar. La vida es así, igual que las matemáticas’, les digo yo. ‘Ustedes, si quieren lograrlo, por algún lado lo van a lograr...’”.

Cuando se despide de sus estudiantes de cuarto básico, después de haber sido su profesora durante cuatro años, lo hace creyendo que todos se convertirán en profesionales. “Si yo creo en ellos, ellos creen en sí mismos. Y cuando llega una medición externa como el Simce y mis niños sacan trescientos veintitantos puntos en matemáticas, me emociono, porque mi curso es diverso, hay niños integrados y todos han logrado desarrollar la habilidad del pensamiento lógico. Ver cómo mis alumnos hacen suyas las matemáticas es impagable”.





“La herencia de mis hijas”

Cuando un programa de lectura aterrizó fortuitamente en la Escuela Edelmira Vergara de Arauco, a la que asistían sus hijas, Elizabeth Huentemil pudo recuperar aquellos lejanos años de escolaridad que tenía pendientes.

Programas impartidos por la Fundación Educación Arauco en la Escuela Edelmira Vergara
mientras Elizabeth Huentemil fue apoderada:

- Programa Raíces de apoyo al desarrollo del lenguaje 2003-2006.



Cuando Elizabeth Huentemil escucha una palabra cuyo significado desconoce, la anota calladita en una libreta y, al llegar a su casa, la busca en el diccionario. Así, sigilosamente ha mejorado también su ortografía y ahora sabe muy bien cuando una palabra se escribe con h.

No siempre fue así.

Elizabeth llegó hasta primero medio y, cuando se casó, leer era un asunto del pasado. Pero un día la Escuela Edelmira Vergara de Arauco, a la que asistían sus tres hijas, incorporó el programa Biblioteca de Aula y montaron dos estantes de madera por sala, surtidos de libros de historia universal, ciencia ficción, cómic, poesía y folclor. Los profesores destinaban diez minutos al día para que los alumnos realizaran una lectura libre. Los más motivados se llevaban el libro a sus casas. Todos los lunes las tres hijas de Elizabeth metían en su mochila un nuevo ejemplar.

Sentarlas a almorzar se volvió un desafío. Mientras calentaba la comida en la cocina, su hija del medio le preguntaba por Cristóbal Colón. Acto seguido, le contaba la historia que había leído

esa mañana en el colegio. Elizabeth la oía atentamente. Luego, mientras lavaba los platos, la interceptaba la más pequeña: “¿Mamá, sabías que en el universo hay miles y miles de estrellas?”. Y Elizabeth también se detenía a escucharla.

En una ocasión la mayor de sus hijas llegó con el libro *Nuestro Arauco*. “Me fasciné con el relato y me di cuenta de que a través de los libros podía compensar lo que me faltaba aprender por no haber llegado a cuarto medio”, reflexiona.

Desde entonces Elizabeth no ha parado de leer. “Mis hijas me inculcaron la inquietud por saber más, así que además mejoré mi vocabulario y ahora leo con entonación, respetando las comas y los puntos”.

Sus tres hijas, todas universitarias, llevan a las nietas de Elizabeth a la casa y la historia se repite. “Abuelita Vita, ¿sabes cuándo nació Bernardo O’Higgins?”, le preguntan.

La diferencia es que ahora Elizabeth conoce la respuesta.





“Johanna, tú puedes”

La asistente de educación **Johanna Espinoza** descubrió su vocación gracias a un taller de apoyo a mamás con hijos pequeños, en una pequeña localidad de la Región del Biobío. Y eso le dio un nuevo sentido a su realidad.

Programas impartidos por la Fundación Educativa Arauco en que Johanna Espinoza participó:

- Programa Sembrar de apoyo a la primera infancia 2006-2010.

A orillas de un río Itata sediento y con piedras a la vista, Johanna Espinoza es auxiliar de aseo en la Escuela Rural de Magdalena, a 10 kilómetros de Coelemu, en la Región del Biobío, a la que asisten seis niños. Barre, limpia mesas y sillas, ordena carpetas, prende el fuego en las estufas cuando baja el frío de la cordillera y, desde 2019, ayuda con el invernadero. Sube al monte con los niños mayores a sacar tierra de hojas, con pala y todo. Como salía muy seca, probaron con guano de vaca y los zapallos empezaron a crecer detrás de las flores amarillas.

Hace catorce años, en 2006, tal vez en 2007, a Johanna la invitaron a una reunión de mamás en la sede comunitaria del sector. Ella tenía una hija de 2 años y un hijo de 6 meses. Les hablaron del programa de una fundación para incentivar a los niños más chiquititos, porque no había jardín, no había sala cuna, no había nada de eso en Magdalena.

Tampoco había mamás disponibles para formarse como monitoras y dirigir talleres semanales. “Todas dijeron no, no, no. Nadie quería, todas reacias. Me acuerdo de la señorita Paty, de la Fundación. Ella me dijo ‘Johanna, tú puedes. Nosotros te capacitamos, ¿por qué no? Te puede servir mucho’. Y yo acepté”.

Johanna tenía 19 años y le gustaban las manualidades. A sus hijos les hacía móviles de cartón y pintaba la muralla frente al corral para que vieran colores. “Yo soy totalmente como no fueron conmigo cuando chica. La crianza que les he dado a mis chiquillos ha sido la que a mí me hubiera gustado tener”.

Empezó a juntar a sus vecinas una vez a la semana. De la Fundación le llevaban cuadernillos para que armara las clases. “Costó reunir las. Aquí en el campo no es como en la ciudad, donde una sale a la esquina y compra el pan. Aquí no, aquí no hay ni un negocio donde comprar cecinas. Con suerte una bebida. Hay que ir a Coelemu y el pan lo tiene que hacer una. Entonces, para entusiasmarlas, les decía que tendría una oncecita, y yo hacía un queque o cualquier cosita dulce”.

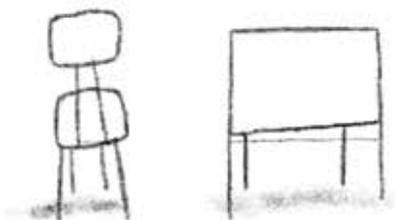
Johanna buscaba un día en que todas pudieran. El martes era imposible porque el hospital de Coelemu daba las horas médicas de los niños ese día. Los sábados ni pensarlo, porque estaban todas en su casa. Así que se juntaban los miércoles, como a las tres de la tarde.

“Yo trataba de hacer algo ameno. Aunque el taller se llamaba ‘Conozca a su hijo’, también era como una terapia para las mujeres, porque a veces tenían problemas en sus casas. Hacíamos como quince minutos de conversación, después seguíamos con el tema de los niños y terminaban más relajadas”.

Guiándose por el cuadernillo, entre todas hacían runrunes con botones y títeres de calcetines para entretener a los niños, cosidos a mano y con pelo de lana. Aprendieron a cantarles a sus hijos, a hablarles mientras los vestían, a nombrar los objetos de la casa delante de ellos. A ponerles música, a acomodarlos para que fortalecieran su espalda, a estimularlos durante el baño con juguetes. “Todas esas cosas que uno piensa que son tan simples, pero a veces no se saben”.

Hasta que llegó la entrega de diplomas a las madres del programa, que premiaban la asistencia y la participación activa en los talleres. “Fue un reconocimiento muy importante en Magdalena”, recuerda Johanna.

Enriquecida por la experiencia como monitora, Johanna se puso a estudiar los sábados en la mañana en Coelemu para ser asistente de educación y se tituló en corto tiempo. Hoy no ejerce su profesión, pero trabaja en la escuela que queda a dos calles de su casa. “Tengo la suerte de pertenecer a este grupo de trabajo, somos la cocinera, el profesor y director, la asistente de educación y yo. Además del aseo, ayudo a los niños en los trabajos para el Día de la mamá o del papá y hago las canastas de los huevitos de chocolate... Colaboro en todas la manualidades. La señorita Paty tenía razón, los cuadernillos me han servido mucho”.





Nueva cultura de colaboración

Cuando **Juanita Castro** era Directora Provincial de Educación en Ñuble, formó una comunidad con profesionales de mucha vocación, gran paciencia y enorme preparación. Y entonces todo cambió en las escuelas del valle del río Itata.

Programas impartidos por la Fundación Educacional Arauco en que Juanita Castro participó desde la Dirección provincial de educación:

- Programa Raíces de apoyo al desarrollo del lenguaje 2006-2009.
- Programa Sembrar de apoyo a la primera infancia 2006-2010.
- Programa de acompañamiento a la ejecución de los planes de mejoramiento de la gestión escolar 2007-2009.
- Programa de fomento a la lectura Bibliomóvil 2006-2007.



15

Probablemente unas de las cosas que más recuerda Juanita Castro de su etapa como Directora Provincial de Educación de Ñuble, en los años 2000, sea la espontaneidad del equipo de profesoras y psicólogas de la Fundación Arauco que un día golpeó su puerta.

“Sabían mucho, estaban muy preparadas, pero no imponían. Su actitud fue la de escuchar nuestras necesidades”, evoca.

Desde su cargo, que abarcaba 21 comunas, Juanita conocía el clamor de las escuelas: no querían que les dijeran qué hacer, no querían un “memo” más. Necesitaban ser escuchadas y eso fue lo que hizo el grupo de especialistas que se puso a trabajar junto a Juanita.

Tenían estrategias, tenían programas específicos para fomentar la lectura, el cálculo mental y la escritura, por ejemplo, y los sumaron al trabajo provincial. Realizaron cursos y formación para los docentes de áreas rurales y para las educadoras de párvulos y llevaron la novedad de los bibliomóviles a localidades apartadas. Presentaban sus recursos y, junto a Juanita, discernían dónde eran necesarios dichos refuerzos.

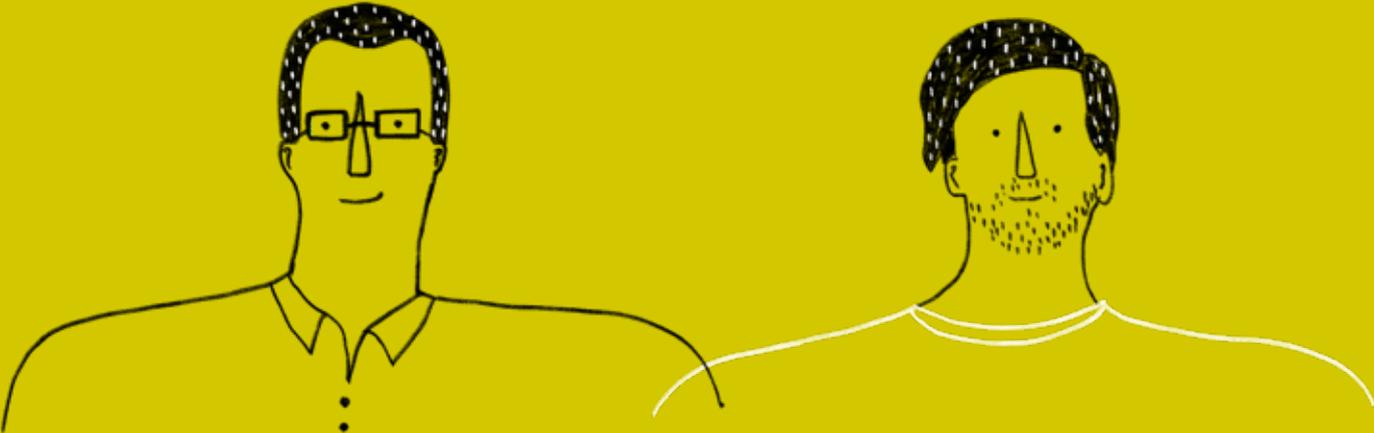
“Había comunas muy deprimidas, con rendimientos Simce bajo 190 puntos. Y una de las cosas que aprecié fue el mejoramiento de los puntajes. Los resultados se elevaron y una escuela en Quillón logró más de 300 puntos. ‘¿A qué se debe esto?’, le pregunté al profesor. Nunca se me ha olvidado su respuesta: ‘Es que aquí llega el bibliomóvil’, me dijo”.

Este era un bus dotado con una biblioteca que semanalmente, o cada quince días, iba a dejar libros a niños de escuelas rurales y a realizar actividades asociadas a la lectura. “Una vez estuve en Portezuelo y lo esperaban con huevos cocidos, tortilla de rescoldo y pollo. Estaban los alumnos, los padres, los profesores, el presidente de la junta de vecinos y el carabinero del pueblo. El bibliomóvil le impregnó nueva vida a esa comunidad. La naturaleza es muy linda, pero la soledad y la lejanía del campo traen el tedio...”.

La relación entre la dirección provincial, las escuelas y las profesionales de la Fundación se fue estrechando. A veces los profesores o las escuelas les solicitaban apoyos específicos o cursos de formación; ellas siempre tenían la delicadeza de plantear el tema en la dirección provincial y, junto con el visto bueno, les pedían que también fueran a darlos en otra comuna, y en otra y en otra...

“La educación mejoró, sí. Pero, sobre todo, gracias a esas profesionales cambió la cultura del control por una cultura de colaboración. Y no cambió un poco, cambió bastante. Ellas formaron comunidad con nosotros. Tenían vocación, una paciencia infinita y mucha sencillez. Yo les agradecí muchísimo su apoyo mientras estuve en la dirección provincial, pero luego no las vi más. Desde aquí les quiero volver a agradecer, porque su apoyo fue genuino y permanente. Siempre estuvieron presentes, muy especialmente después del terremoto de 2010. Eso tampoco se me olvida”.





Un profesor, un alumno y una casa de adobe

Joan Garrido es el primero de su familia en llegar a la universidad. Su profesor **Marcos Vera** creyó en él desde el día en que lo conoció en la Escuela Rural La Quebrada de Pichamán, en Constitución.

Programas impartidos por Fundación Educativa Arauco en que Marcos Vera participó:

- Programa Interactivo-R para el Desarrollo de la Educación Básica 2008-2012.

Hace muchos años llegó a la Escuela Rural La Quebrada, en Pichamán, Constitución, a primero básico, un alumno bajito y muy conversador. Llamaba la atención por su desplante, que causaba cierta ternura. En esa vieja casa de adobe se conocieron Marcos Vera, que se desempeñaba como profesor unidocente, y Joan Garrido, el alumno nuevo. Al año siguiente Marcos comenzó a hacer clases en la Escuela Rural de Lagunillas y Joan se cambió con él. En las mañanas lo pasaba a buscar a su casa en Santa Olga, porque no había locomoción para llegar a la escuela, que quedaba alejada entre los cerros.

Joan se destacaba por ser un buen alumno, pero en clases de matemáticas se desenvolvía con una facilidad deslumbrante. Marcos se percató de sus habilidades y se preocupó de estimularlas. “Como era un curso multigrado, en ocasiones veíamos materias de niveles mayores al suyo y Joan participaba activamente. Fue fácil darme cuenta de que era un estudiante aventajado”, cuenta Marcos.

En la escuela, el profesor implementaba estrategias de comprensión lectora para desarrollar las habilidades de los alumnos. Con las de resolución de problemas buscaba incentivar el razonamiento lógico. Los niños debían insistir y buscar nuevas formas para llegar al resultado. Existía espontaneidad y libertad para pensar. “Estaba acostumbrado a que me enseñaran algo y a que luego yo descubriera una manera más simple o rápida”, explica Joan.

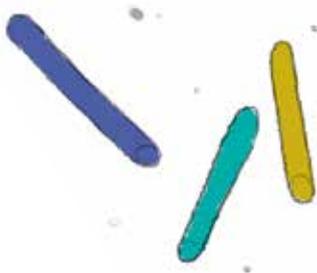
En lenguaje, en cambio, Joan debía esforzarse más. No le gustaba leer y se enredaba cuando debía hacerlo en voz alta. Para que los niños leyeran, Marcos escribía textos relacionados con ciencia o historia en un papelógrafo y los niños leían con la ayuda de un puntero. “Si alguno no quería, no leía nomás,

hasta que se atreviera. La idea era pasarlo bien”, dice el profe. “Yo me siento privilegiado de haber tenido un alumno como Joan”, asegura.

Para una presentación que hicieron en la Plaza de Armas de Constitución, trabajaron cerca de dos semanas en una maqueta de Chile que fabricaron con greda. Caracterizaron la topografía y ubicaron a los pueblos originarios. Los niños se sabían por área las características de cada pueblo, pero Joan se sabía Chile completo. Manejaba conceptos y realizaba análisis sobre sus costumbres. La gente se detenía en su puesto a escucharlo. “Marcos me explicaba las cosas de una forma distinta. Sentía que sus clases eran como una conversación, como si él me comentara lo que ocurría”, recuerda Joan.

Marcos se enfocó en que Joan continuara sus estudios. Se preocupó de hablar con su madre para que tuviera fe en su hijo y apoyara sus expectativas. Para que intentara llegar a la universidad a pesar de su situación económica. “Ella sabía que su hijo era talentoso, pero necesitaba sacarse los estigmas culturales y económicos. Sé que hoy está muy orgullosa”, relata.

Joan tiene 19 años y es el primero de su familia en tener estudios superiores. Estudia Ingeniería Electrónica en la Universidad Católica del Maule. “Nunca vi lejana la posibilidad. Sabía que sería complicado, pero no imposible”, explica Joan. En la escuela no se sentía especial. Si le costaba algo se acercaba a Marcos y le preguntaba. “Él supo acercarnos a las materias y esos detalles marcan. Aunque nos veamos poco, lo considero un amigo”.





Profesores, alumnos y apoderados: todos pueden cambiar

Patricia Silva ideó los talleres de reflexión pedagógica en la Escuela Alemania de Valdivia cuando era su directora. A partir de ellos se generaron novedosos cambios en el establecimiento que involucraron desde profesores a apoderados.

Programas impartidos por Fundación Educacional Arauco
en que Patricia Silva ha participado:

- Programa de autoestima y fortalecimiento de equipos docentes 2008.
- Programa de lectura y escritura temprana (LET) 2008-2016.



Martes y jueves los profesores de la Escuela Alemania de Valdivia tenían talleres de reflexión pedagógica. Estos fueron implementados en 2004 por la directora de esa época, Patricia Silva, quien hoy es jefa provincial de Educación de Valdivia.

“Mi propósito era que se apropiaran del foco, de por qué se enseña cada materia. Analizábamos lo que teníamos que lograr con los estudiantes, les enseñaba diferentes estrategias y luego las evaluaba. De una bolsa, los profesores sacaban un papel con una metodología que debían aplicar en clases. Yo los iba a observar y luego conversábamos sobre su desempeño y sobre qué podíamos hacer para mejorarlo”.

Ese era el ambiente cuando llegó Fundación Arauco a la escuela en 2007. Rápidamente los talleres mutaron. Primero conversaban sobre un tema y en la segunda reunión de la semana, Patricia le pedía al azar a un profesor que expusiera lo aprendido y lo replicara en la sala de clases.

“La Fundación nos enseñaba, nos retroalimentaba, nos evaluaba y realizaba un acompañamiento a los profesores. Nos daba información cuantitativa y cualitativa por curso, por habilidad aprendida y por objetivo de la clase, que analizábamos todos los docentes juntos”, señala Patricia.

La rotación de los profesores también cambió. Cuando un docente terminaba cuarto básico no regresaba a primero, como se hacía habitualmente, sino que comenzaba un nuevo año escolar en tercero básico. Para asignar a un profesor en los diferentes niveles, se comenzó a considerar sus cualidades. “Si se elige el perfil adecuado se obtienen mayores logros. Para nombrar a un profesor de primero básico, analizaba si era cariñoso, acogedor, firme, si tenía conocimiento

sobre psicología infantil; no sólo miraba su currículum. Lo veía actuar, antes de decidir. No volvía a primero básico simplemente porque había terminado cuarto”.

Los padres también comenzaron a tener un papel más participativo en la escuela. Se eliminó la cuota para los útiles de aseo que se cobraba en las reuniones de apoderados para lograr que más personas asistieran, y se les consultó qué temas querían tratar. “Cuando un papá te dice que quiere que le enseñes a sumar, porque no sabe y no puede ayudar a su hijo con las tareas, es un gran aporte a la educación. Nació una preocupación de parte de los padres por la educación de sus hijos”, explica.

En primero básico, los profesores invitaban a los padres a exponer sobre sus oficios. Se presentaron desde pescadores hasta un chef que cocinó para los niños. También se incluyó en la nota final de las pruebas un bonus si el niño traía la evaluación corregida por su papá o por su mamá.

Todas las mañanas Patricia les daba un mensaje a los alumnos y a los apoderados presentes en el patio del colegio. Podía ser sobre buena conducta, empatía o solidaridad. Los niños levantaban la mano para pedir la palabra y se creaba una conversación. “Cuando voy a terreno y converso con los alumnos me doy cuenta de que han cambiado. Ahora se expresan y participan más”.

En su objetivo de tener una comunicación oportuna y veraz con los auxiliares, los profesores, los apoderados y alumnos, Patricia fue aprendiendo a ser más disciplinada, a conocer mejor a la gente y a ser más receptiva. “Lo más valioso es otra cosa: aprendí que si bien el conocimiento es importante, la forma en que este se entrega lo es aún más”.





Cuadernos con grandes experiencias

María de La Luz Marqués fue educadora de párvulos en Los Lagos y llevaba un acucioso registro de sus clases, de las metodologías usadas y del aprendizaje de los alumnos. Años después lo releyó y valoró su personal aporte en la educación.

Programas impartidos por Fundación Educativa Arauco en que María de la Luz Marqués participó:

- Programa de Autoestima y Fortalecimiento de Equipos docentes 2007.
- Programa de lectura y escritura temprana (LET) 2008-2016.

María de la Luz Marqués es parvularia y se dedica a la formación de educadores de párvulos. Hasta 2014, dio clases en escuelas y su paso por el aula le enseñó lo que hoy les transmite a sus alumnos universitarios. “Me di cuenta de que los niños son el centro de la educación”.

Si tuviera que mostrar en cuatro imágenes ese aprendizaje, elegiría las siguientes:

Primera imagen. María de la Luz frente a sus alumnos, con un signo de interrogación arriba de su cabeza.

En 1999, cuando trabajaba en la Escuela Nueva España de la comuna de Los Lagos, fue visitada por la supervisora provincial de educación parvularia. Tenía una actividad preparada para ese día. Les pasaría a los niños la plantilla de una margarita para que rellenaran los pétalos.

“Cuando supe que vendrían a observarme me cuestioné qué pretendía como aprendizaje de los niños con esa flor. La actividad sólo tenía un componente motor. No había ninguna pregunta, ningún sentido detrás. Me detuve y me pregunté: ¿Qué estoy haciendo?, ¿qué aprendizaje de calidad les estoy ofreciendo a los niños?”.

Segunda imagen. María de la Luz frente a sus alumnos escuchándolos atentamente.

Ese mismo día fue al patio de la escuela y cortó una rosa. Al comenzar la clase trabajaron con ella. Conversaron de la rosa, la tocaron, la olfatearon y pensaron entre todos qué necesitaba para vivir. “Los niños se transformaron en seres muy habladores, muy participativos y muy activos. Tenían ideas y propuestas. Se convirtieron en personas”.

Tercera imagen. Lo que dice María de la Luz y lo que opinan los alumnos se une.

“Luego les pregunté si les gustaría hacer una flor para alguien. Todos pensaron en una persona especial a quien regalarle una”. Les entregó la plantilla de margarita que tenía preparada y dejó que la rellenaran como ellos quisieran. “Se fueron a sus casas con un resultado de su aprendizaje que tenía un propósito y que iba mucho más allá de pintar. Convertí la flor en una experiencia y no en una actividad”.

Ese hito marcó a María de la Luz. Comenzó a escribir y a llevar un registro de sus clases, de las preguntas que haría ese día, de la experiencia en el aula, de las metodologías que funcionaban y de las que había que cambiar. “Me sentí obligada a tener un objeto concreto para poder darme cuenta de lo que iba haciendo. Era como un recetario que me permitía ver en el tiempo qué iba pasando con cada alumno”.

En 2013, para postular a un premio recolectó sus bitácoras desde 2008 a la fecha, que correspondían a toda la evidencia del trabajo que había realizado en los niveles de transición en la Escuela El Bosque de Valdivia, período en el que recibió capacitación de Fundación Arauco, y las adjuntó en el portafolio. “Recopilar esa evidencia que había ido construyendo en el tiempo me permitió volver atrás y mirar mi trayectoria. Fue muy emocionante, como cuando repasas un álbum fotográfico antiguo.”

Cuarta imagen. María de la Luz frente a sus alumnos universitarios.

Al volver a revisar sus cuadernos, se dio cuenta de que sigue haciendo lo mismo con sus nuevos alumnos: sistematizar cada práctica e insistirles que cada año, con cada curso, un educador debe pensar en los niños y, sobre todo, en qué necesitan del profesor. “La educación es un trabajo que se construye entre todos”.



Aprender a contener

El terremoto del 27 de febrero de 2010 golpeó duramente a Constitución. **Mirna Varas**, quien recién comenzaba a trabajar en el DAEM, debió aprender a escuchar y a contener para levantar las escuelas y acompañar a los profesores y a los alumnos.

Programas impartidos por Fundación Educacional Arauco en que Mirna Varas ha participado:

- Programa Interactivo-R para el Desarrollo de la Educación Básica 2008-2012.
- Primer proyecto educativo en la Escuela F-353 de Putú 1989-1993.
- Programa de acompañamiento en crisis 2010.



La noche del 27 de febrero de 2010 la Escuela Unidocente Rivera del Maule, en Constitución, quedó en el suelo. Para poder continuar con las clases en marzo, se instaló un domo de plástico, pero con el calor se volvió un infierno. Desde la municipalidad les facilitaron entonces una mediagua que cumplía una doble función: sala de clases y dormitorio para el único profesor, quien se las ingenió y separó los espacios con una cortina. Así comenzó el año escolar en la comuna.

“Vi realidades tremendas”, cuenta la profesora Mirna Varas mientras describe las visitas que realizó a los liceos y escuelas de Constitución después del terremoto. Había comenzado a trabajar hacía muy poco tiempo en el Departamento de Administración de Educación de la Municipalidad (DAEM). La catástrofe alteró todas las planificaciones y en marzo se dedicó a recorrer, junto a su equipo, distintos establecimientos para escuchar a los profesores, contener a los niños y ajustar los programas de evacuación.

Los ánimos estaban destruidos. Muchos profesores seguían temerosos, algunos incluso estaban paralizados, sin saber qué hacer. La Fundación Arauco llegó entonces a la comuna para realizar talleres de acompañamiento en crisis. Con estas herramientas los profesores podrían enfrentar esta catástrofe en las aulas. “Si ellos estaban bien, serían capaces de ayudar a los niños y de reaccionar ante cualquier episodio. Tenían que transmitirles seguridad a sus alumnos”, recuerda Mirna.

En las visitas a terreno, Mirna se entrevistó con la jefa de la Unidad Técnica Pedagógica (UTP) de la Escuela Enrique Donn Müller, cuyo edificio estaba en ruinas. “Mientras recorríamos los escombros, la profesora imaginaba con angustia la tragedia que se podría haber desatado si el terremoto hubiera ocurrido en horario de clases”, recuerda. “Por otro

lado, retomar el programa que trajo la Fundación sirvió mucho, porque sacaba a los profesores de la rutina y los ayudaba a lidiar con la realidad que veían.”

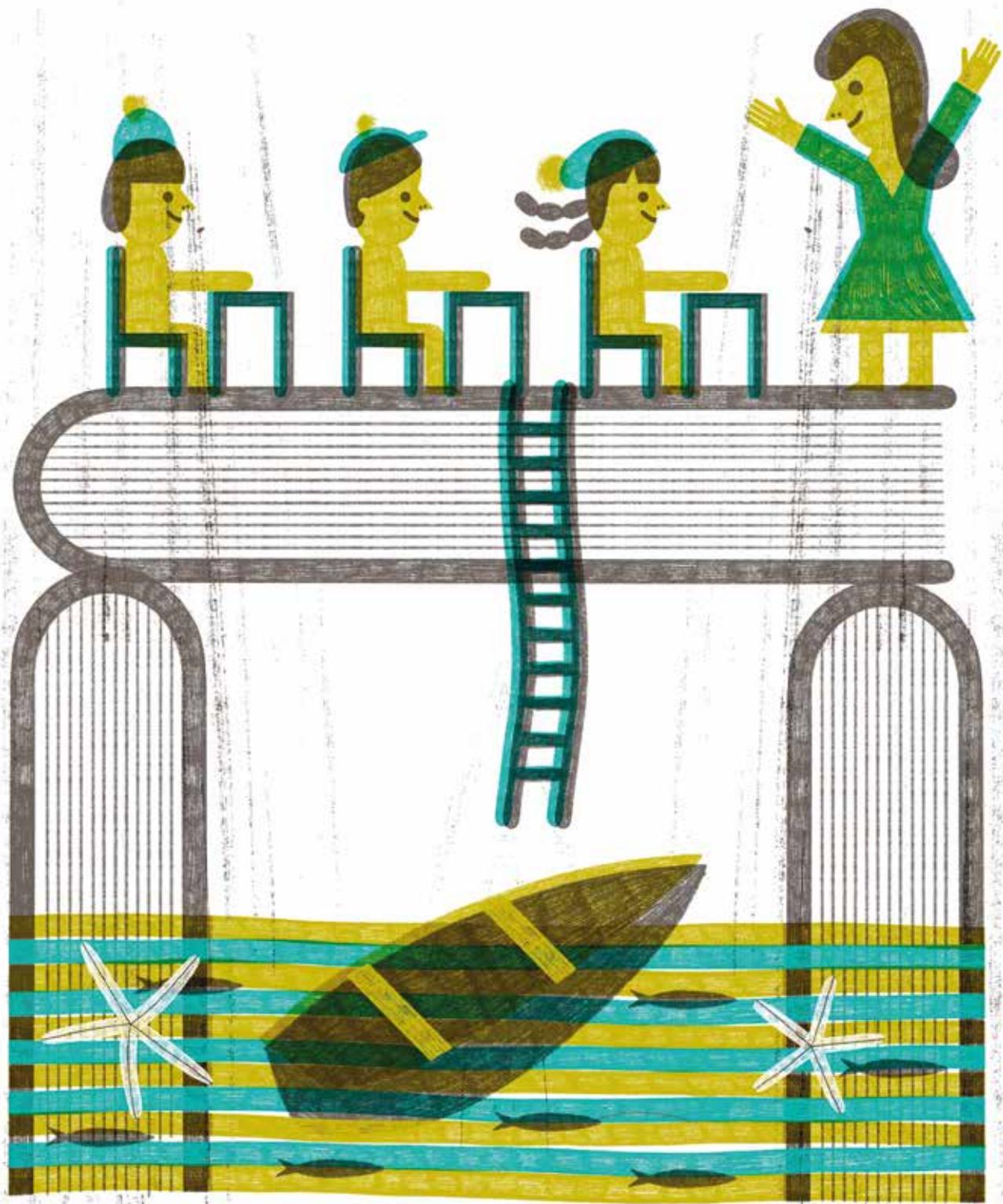
A través del Plan Lector, se desarrollaron ejercicios de contención. Los profesores leían libros que ayudaban a los niños a divertirse y a enfrentar la situación que estaban viviendo. Como el cuento *Paso a pasito*, que Mirna recuerda. Era la historia de un abuelo que le enseñó a caminar a su nieto. Con el tiempo los roles cambiaron y el nieto tuvo que ayudar a su abuelo a andar... paso a pasito. “Los eventos emocionales que impactan ayudan a mirar a nuestro alrededor, a dejar de pensar sólo en el sufrimiento propio y a ver también el ajeno. No había que ensimismarse en el problema, sino ocuparse de él”, dice Mirna.

La Fundación también facilitó ayuda psicológica a los docentes para controlar el estrés y frenar los miedos. Mirna y su equipo del DAEM también recurrieron a ella. “Yo aprendí a ser más comprensiva, a sugerir y aportar según lo que escuchaba y veía”.

A partir de entonces, los profesores agradecían las visitas a terreno del DAEM para acompañarlos a ellos y a los alumnos. “Nuestra labor era valorar lo que hacían para levantarles la autoestima. Si alguno necesitaba ayuda, se la dábamos”.

Las escuelas y los profesores de la comuna hicieron todo lo que pudieron para que los alumnos se distrajeran y, dentro de lo posible, continuaran con sus rutinas. “Para los niños, estar en la escuela era mejor que estar en sus casas dañadas o en las mediaguas que les entregaron. Tenían un buen ambiente, alimentación, estaban ocupados, se entretenían”.







20

Escuchar y entender juntos

Para que los alumnos confiaran en su capacidad de aprender, Egidio Ponce, cuando era director de la Escuela Fray Pedro Armengol en Gualleco, se enfocó en que los profesores desarrollaran su propia autoestima. Y todos salieron adelante.

Programas impartidos por Fundación Educativa Arauco en que Egidio Ponce ha participado:

- Programa de Autoestima y Fortalecimiento de Equipos docentes 2010-2012.

Si un alumno de la escuela Fray Pedro Armengol en Gualleco, Curepto, llegaba tarde, antes de ir a su sala debía pasar a la oficina del director. No para ser amonestado, sino para conversar y entender juntos por qué se había atrasado.

No siempre fue así. Este camino lo inició su director, Egidio Ponce, en 2010 o 2011, después de los aprendizajes logrados en un programa de autoestima de la Fundación Arauco.

Entonces era profesor de enseñanza básica y en su escuela, que está a 50 kilómetros de Talca, algunos alumnos se sentían como hundidos en un pozo. No se creían capaces de lograr objetivos y esa inseguridad se notaba en el ambiente. “Los encasillábamos de poco motivados si llegaban tarde o si se sacaban una mala nota”, relata Ponce.

Tras la formación, el director dispuso, entre otras cosas, que los alumnos hicieran exposiciones. Organizados en grupos, debían investigar un tema y explicarlo delante de sus compañeros. Todos los integrantes debían hablar. Ponce había entendido que, con esta estrategia educativa, los niños desarrollan el lenguaje, y sobre todo, la personalidad.

No sólo los alumnos tenían inseguridad respecto a sus capacidades. Los profesores también. Ponce los invitó a trabajar unidos para complementarse. “Les pedí que expusieran su método de trabajo en los consejos de profesores, pero a muchos no les gustó la idea, no querían hablar. Y si el profesor no tiene confianza, ¿cómo la van a tener sus alumnos?”.

Afortunadamente, hubo quienes aceptaron el reto. Y otros empezaron a aplicar los consejos que se conversaban en las reuniones. Paulatinamente, los profesores se fueron involucrando con mayor entusiasmo en los actos del colegio. Preparaban espectáculos artísticos con sus alumnos, inventaban esquemas, se arriesgaban. Y en la medida en que se fueron acercando a los niños, los problemas de disciplina empezaron a disminuir.

Los docentes continuaron buscando nuevas formas de empatizar con los niños para darles más confianza. Ahora tenían herramientas para ponerse en el lugar de ellos.

Cuando Egidio asumió como director, se percató de lo diferente que estaba la escuela y de cómo él también había cambiado. “Mi actitud era otra. Escuchaba a los niños, a los apoderados, a los profesores, conversaba con todos. Nos afirmamos en lo aprendido en la capacitación, lo aplicamos y nos transformamos como comunidad”.



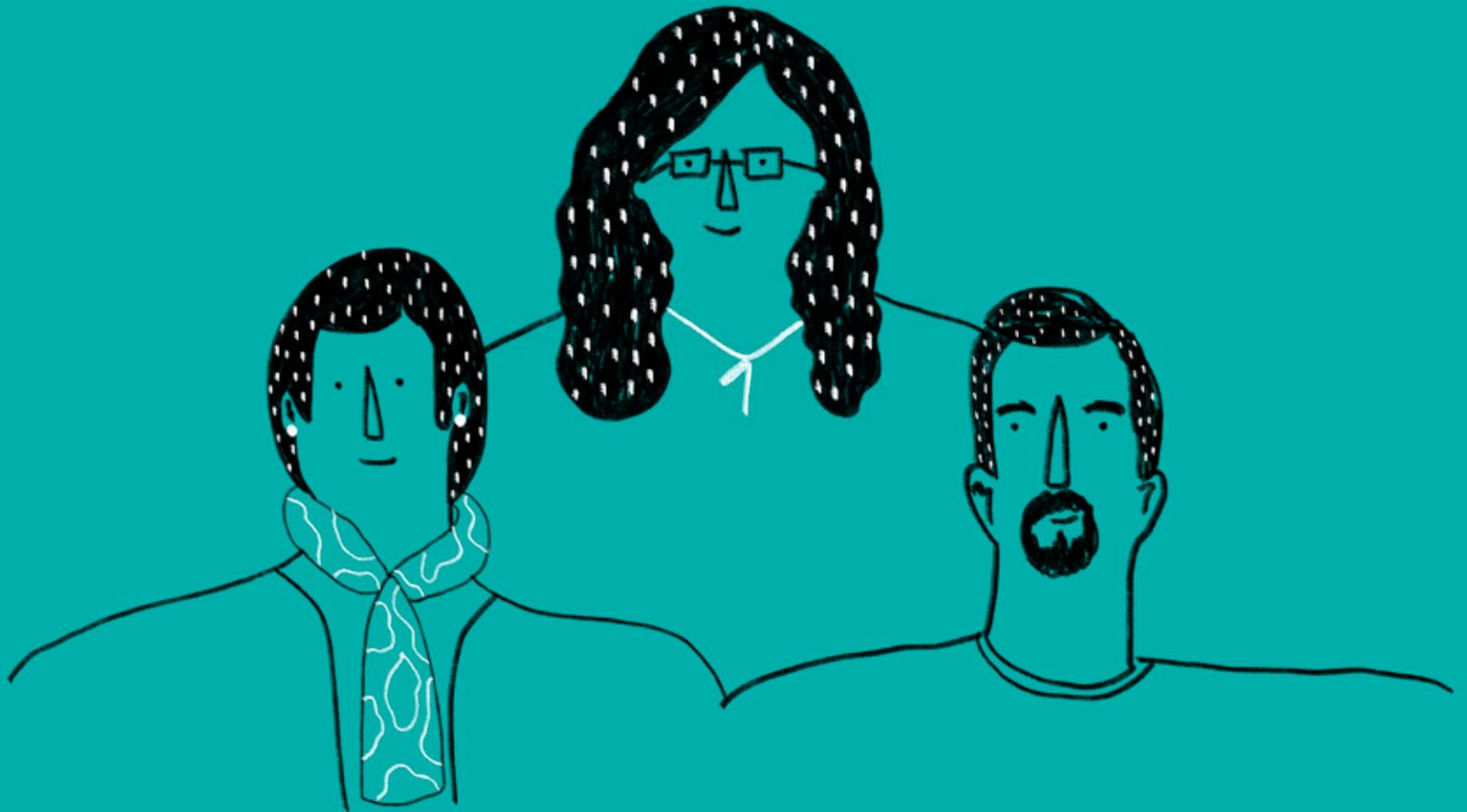


Lebu mágico, secreto y literario

Para acercar la cultura a los niños, la jefa del DAEM de Lebu, **Catalina Martínez**, gestionó una ludoteca cuyas paredes están cubiertas de libros. **Betty Fernández** es su albacea. Y el bibliomovilero **Carlos Mendiboure**, su divulgador.

Programas impartidos por la Fundación Educacional Arauco en que han participado:

- Plan provincial de fomento lector: programa “Arauco Lee” 2010-2013.
- Premio Fundación Educacional Arauco comunal: al compromiso con la mejora y los resultados educativos 2012.
- Programa transversal de fomento lector, desde 2015.



¿Podría alguien imaginar que en la apacible plaza de Lebu, con sus peumos y palmeras, hay una entrada parapetada bajo el anfiteatro donde existe un micromundo para que los niños se conviertan en exploradores galácticos, sean superhéroes o bomberos, construyan ciudades de colores, descubran el poder de un clip o libren batallas contra osos? ¡Y justo frente al edificio municipal de esta comuna, a 60 kilómetros de Arauco, en la Región del Biobío!

Salvo por un cartel de madera con la misteriosa palabra Ludoteca tallada, en su discreta fachada, nada anuncia lo que tras ella se esconde: un espacio en forma de medialuna con tupidas alfombras que entibian el suelo, cojines que llaman a arrojarse encima, una mecedora, una caja con muñecas de felpa y osos de peluche, baldes con piezas de LEGO, una cocina de madera, varios bloques Jenga, un ajedrez, cuatro mesitas con cubetas de lápices de colores.

Y cerca de tres mil libros en los que sumergirse como si fueran una piscina de peripecias y magia.

La mecedora está pensada para los padres, porque el espacio fue diseñado para que las familias de Lebu se encuentren con sorprendentes estímulos culturales. “Los niños vienen a disfrazarse, a dibujar con los lápices de colores, a armar LEGO... Pero de pronto se encuentran con los libros, miran sus portadas, los tocan, los abren, escogen uno, o dos, o tres, y se tiran en los cojines a leer o a mirar sus páginas”, describe Betty Fernández, la encargada de la ludoteca desde su inauguración en 2012.

En este recinto, donde impera la libertad para descubrir, cambiar de personalidad y transformarse con un disfraz, existen sólo dos premisas: no se puede usar los teléfonos móviles y se debe pasar por un “portal” de quince minutos de lectura antes de lanzarse a jugar. Hay para elegir: literatura mágica, culturas originarias, naturaleza, el universo, música, poesía, en ejemplares de papel, de género o de goma eva. Con ilustraciones grandes, figuras *pop-up* o cómics.

Sobre la repisa están las ediciones de Gabriela Mistral y cuelgan *haikus* del techo: unos poemas cortitos, sin rima, que Betty rescató de un libro de la ludoteca.

¿De dónde salió toda esta magia?

Del Premio Fundación Educacional Arauco comunal al compromiso con la mejora y los resultados educativos, que valora e incentiva a la comuna que ha tenido un compromiso sostenido con la lectura de sus estudiantes. El equipo técnico del Departamento de Administración de Educación Municipal (DAEM) de Lebu postuló con una propuesta de ludoteca para que los libros fueran como un juego más, tan atractivo como disfrazarse, ver una película o jugar con títeres. Querían acercar la cultura a los niños de Lebu estimulando su creatividad y el gusto por la lectura.

Y lo consiguieron.

“Somos una comuna pobre, aislada de los centros culturales de la zona. Nuestros niños no tenían la posibilidad de ir al cine o al teatro, de escuchar un concierto de música clásica o de visitar una exposición de arte”, asegura Catalina Martínez, jefa del DAEM de Lebu.

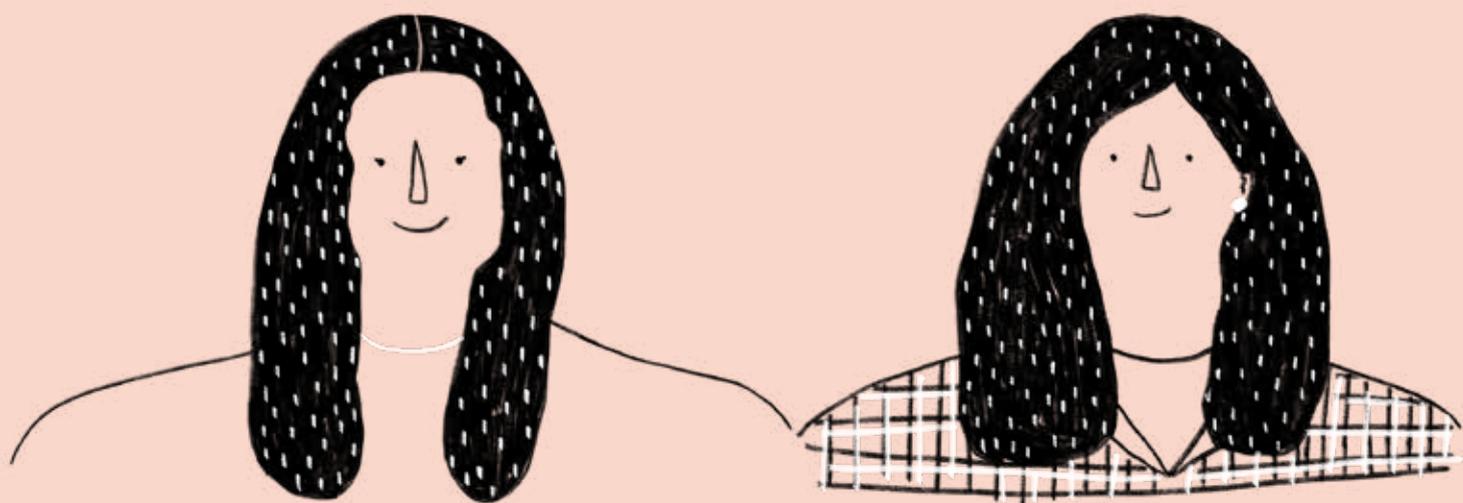
Constantemente, Betty pega en la puerta de la ludoteca el calendario de las actividades de la semana: cuentacuentos, concursos de cuentapoesía o proyecciones de música clásica o de ballet, como *El lago de los cisnes*, en el televisor de 56 pulgadas que hay en el lugar.

El encargado de correr la voz suele ser el bibliomovilero Carlos Mendiboure, quien visita con un jeep lleno de libros, juegos, cuentacuentos y *kamishibai* (teatro de papel en japonés) las seis escuelas de la comuna, entre ellas una diferencial, una en la cárcel y una en la isla Mocha, a veinticinco minutos de Lebu en avioneta.

“En la escuela diferencial hay niños a quienes les cuesta mucho comunicarse. Le pido a Betty libros breves y muy visuales o títeres para que hagan representaciones. En la cárcel, un usuario se leyó toda la saga de novelas policiales de Agatha Christie. Y en isla Mocha, son lectores de cómic, especialmente de *Condorito*”, cuenta Carlos, quien hasta fines de 2019 ha contabilizado unos 57 mil préstamos.

En la ludoteca hay un rincón especial para madres y sus guaguas, con libros sobre embarazo y juegos de madera para el desarrollo psicomotriz. “Muchas mamás vienen embarazadas y al año siguiente llegan con sus guaguas para leerles. Después, cuando crecen un poquito más, esos niños toman los libros solos”, dice Betty.





Una relación de cuento

Gina Aravena, profesora de la Escuela Leonardo Da Vinci de Valdivia, tomó como desafío hacerle clases a un primero básico. Ese año conoció a Florencia Jara y entre palabras y cuentos escribieron una historia juntas.

Programas impartidos por Fundación Educativa Arauco en que Gina Aravena y Florencia Jara participó:

- Programa de Autoestima y Fortalecimiento de Equipos docentes 2008 -2009.
- Programa de lectura y escritura temprana (LET) 2008-2016.

Sentada en el patio, Florencia sacaba de su bolsita de raso el libro que su profesora, Gina Aravena, le acababa de entregar en clases. Muchas veces terminaba de leer las historias el mismo día en que lo empezaba. A Gina le encantaba ver cómo su alumna se devoraba los libros.

En 2011, Gina tuvo el desafío de tomar por primera vez a un primero básico de la Escuela Leonardo Da Vinci de Valdivia, Región de Los Ríos, para continuar con ese curso hasta cuarto año y cerrar el primer ciclo. Se sintió aterrada, pero honrada al mismo tiempo por la confianza que estaban depositando en ella. “Introducir a los niños en el mundo de la lectura y escritura es complejo. Pasé un tiempo asustada hasta que llegó la Fundación Arauco con estrategias para facilitar esa delicada tarea. ‘Esta es mi tabla de salvación’, me dije”.

Todas las mañanas comenzaba las clases con una lectura compartida. Gina leía el texto designado para esa semana indicando cada palabra con un puntero en el papelógrafo y los 36 alumnos de su primero básico la seguían. Ponían voces de gigantes, voces de enojados o voces chillonas. “Los niños lo pasaban bien y, al mismo tiempo, aprendían. Al tercer día ya se sabían el texto de memoria y jugaban a que lo leían”.

Cada año los textos eran más largos y Gina se fue dando cuenta de cómo cambiaba la lectura de sus alumnos y se iba volviendo más fluida y entonada.

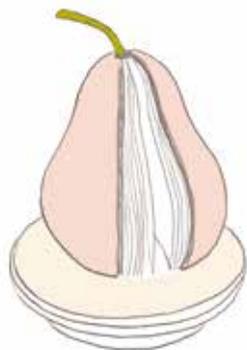
Florencia recuerda esas lecturas: “La profe se metía en la historia, hablaba con la voz de los diferentes personajes del cuento y nosotros lo disfrutábamos mucho”, relata.

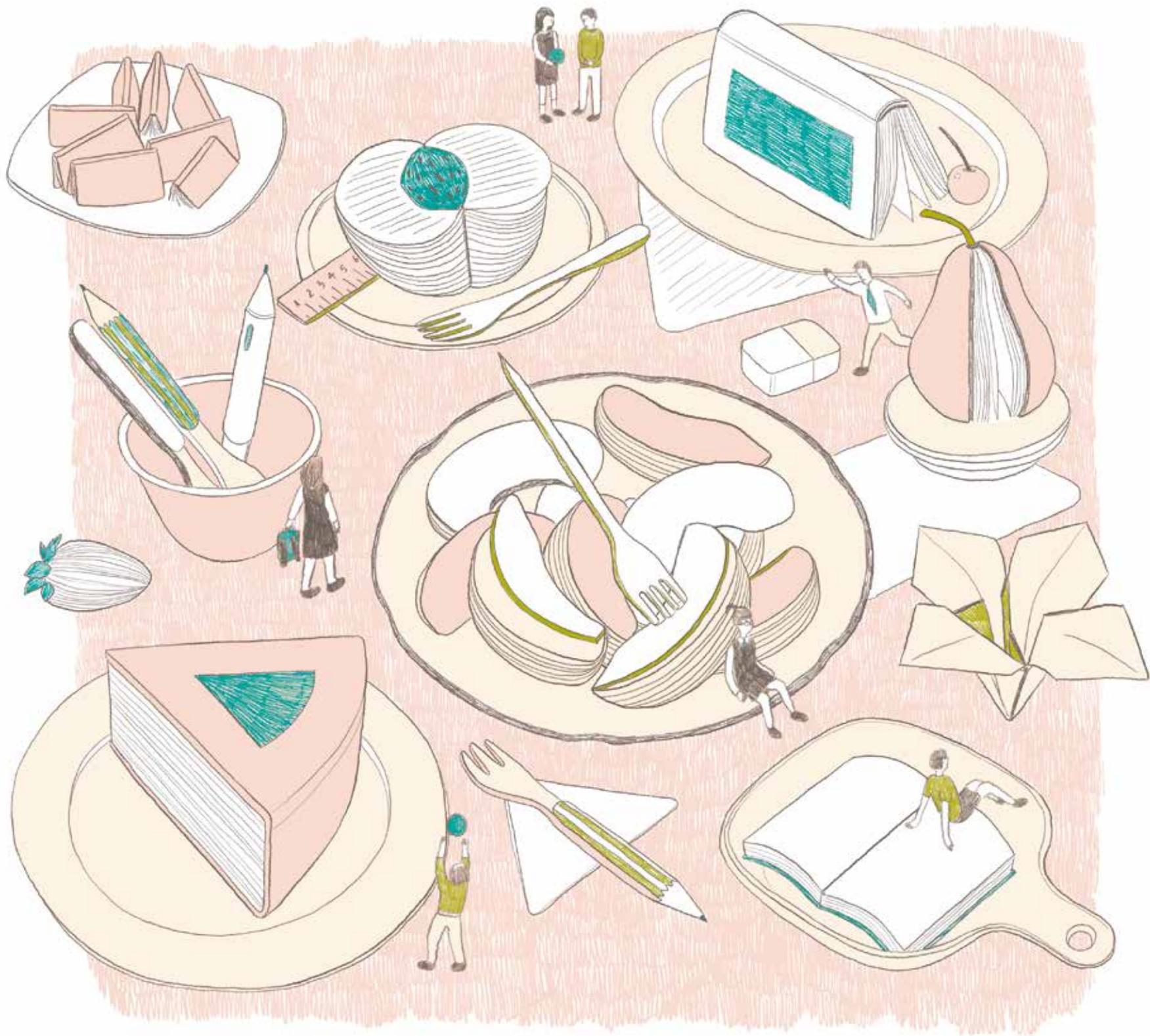
Cada vez que podía, Gina acompañaba la lectura con una actividad. Cuando leyeron *El patito feo*, hicieron una flor de papel que se abría y en su interior decía “eres hermosa”. Después del cuento de *La tortilla de jengibre*, cada niño hizo su propia tortilla y se las comieron con manjar. “La lectura es para que los niños se diviertan y tengan el placer de escuchar un cuento”, dice Gina.

Cada alumno debía leer ocho libros al año por el Plan Lector. El curso se dividía en cuatro y cada grupo leía un título diferente. Cuando terminaban, exponían y rotaban los libros. “Siempre estábamos leyendo y por eso empecé a leer otros libros de la biblioteca municipal o de la escuela”, dice Florencia.

Todos los alumnos de Gina pasaron a segundo básico sabiendo leer y el curso obtuvo puntajes destacados en el Simce de segundo y de cuarto básico. “Yo me di cuenta de que la metodología era efectiva desde que vi la letra preciosa que los niños hacían en primero básico”.

Hoy Florencia tiene 15 años y sigue devorándose los libros. Pasó a segundo medio en el Liceo Bicentenario de Los Ríos y aún recuerda el cariño y el entusiasmo de su profesora. “Hoy Lenguaje es mi mejor promedio, porque de chica tuve una base muy buena. Gina nos dio el gusto por leer. Gracias a ella soy quien soy”.



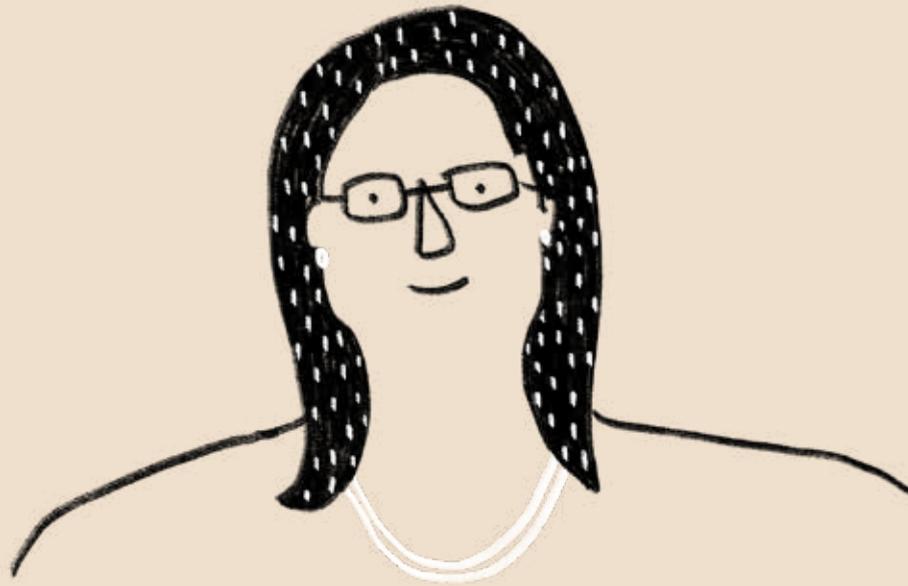


Un colegio nuevo, un espíritu colaborativo y una comunidad ávida

El tsunami de 2010 transformó la forma de enseñar en Iloca. Rosa Farías, jefa de la Unidad Técnica Pedagógica (UTP) del colegio que nació en 2013, sabe que esa gran ola empujó a los profesores a unirse en un equipo sólido y colaborativo.

Programas impartidos por Fundación Educacional Arauco en que Rosa Farías ha participado:

- Programa Raíces de apoyo al desarrollo del lenguaje 2006-2009.
- Programa de gestión escolar Liderando Líderes 2014-2017.
- Programa para el desarrollo de habilidades lectoras Puente Lector 2020-2022.



El mar se llevó todo. Junto con las casas y las veredas del borde costero, el maremoto de 2010 se tragó tres escuelas costeras de la comuna de Licantén: en Duao, en Iloca y en La Pesca.

Rosa Farías era profesora de lenguaje en esta última y con esa ola furibunda perdió su identidad, dice. La carpeta con los títulos de sus cursos de perfeccionamiento y, sobre todo, el nutrido material del programa Raíces de apoyo al desarrollo del lenguaje de la Fundación Arauco, quedaron bajo toneladas de barro. “En estos lugares tan aislados no tenemos acceso a lo más actual, y esas estrategias de fomento lector y de comprensión lectora nos habían cambiado la forma de enseñar en los años 2000”, explica.

Tres años después de esa noche oscura, en 2013, nació el Colegio Dr. Manuel Avilés Inostroza, que integró a profesores, alumnos y familias que venían de las tres escuelas costeras arrasadas. Desde su simbólica inauguración en marzo de ese año, Rosa es la jefa de la Unidad Técnica Pedagógica (UTP).

En el flamante edificio, inevitablemente, la organización del trabajo docente requirió ajustes. De funcionar en pequeños equipos de cuatro o cinco personas en sus escuelas de origen, hoy los docentes forman una comunidad de 25 profesores y 12 asistentes de la educación y entre todos se han dado un espacio para pensar juntos y apoyarse.

Sin falta, los miércoles por la tarde se reúnen todos a repasar las fortalezas del equipo y a ver cómo suplen con ellas eventuales debilidades.

Para detectar sus puntos fuertes, esta comunidad se observa con respeto y cautela. Rosa ha podido ingresar al espacio más íntimo de un profesor: su sala de clases. De la Fundación aprendió a seguir una pauta estructurada y rigurosa. “Después le puse mi sello y el resultado ha sido muy valioso. En un principio costó, porque no existía el hábito de que nos observáramos entre nosotros y nos dijéramos cómo mejorar ciertos aspectos o cómo compartir con los demás docentes los atributos positivos, pero hoy yo sólo les digo: ‘Necesito observar tu clase, ¿crees que hoy es un buen momento?’. Y me responden con naturalidad: ‘Pase, usted tiene que ver lo que hacemos’”.

El ambiente de confianza entre los profesores es hoy una realidad.

En una actividad que han bautizado como “talleres de intercambio de experiencias”, los profesores que muestran habilidades para desarrollar la comprensión de las matemáticas en sus alumnos, por ejemplo, o el profesor que destaca al trabajar los cuentacuentos, comparten sus estrategias con los demás docentes para que las repliquen.

Y no sólo eso.

El profesor de arte mostró a sus colegas una plataforma *online* para crear rúbricas y, además, les enseñó a hacer dibujitos a partir de números, como un gato a partir del 8. “Son cosas simples, pero que pueden ayudar a que un niño no se desanime”, dice Rosa. Un profesor de matemáticas les contó a todos cómo los niños se fascinan con un *software* de geometría que les permite medir los ángulos y ver las figuras en 3D y ya todos buscan nuevas herramientas tecnológicas en la *web*.

“Los profesores estamos ávidos de conocimientos. En nuestras reuniones surgen muchas ideas interesantes. Si alguien me preguntara ‘¿a quién se le ocurrió eso?’, no podría afirmarlo. Todos queremos mejorar”.

El nuevo establecimiento, de bella arquitectura y grandes espacios abiertos, ya empieza a generar una fructífera tradición de estrategias educativas. “Vamos caminando hacia el mismo objetivo”, dice Rosa.

Un ejemplo de esto se produjo en la visita mensual de la kinesióloga, quien se cruzó con la subdirectora en el pasillo. Comentaron algunos temas y surgió –en la conversación– que los profesores estaban con mucha presión. “Necesitamos tener pausas activas. ¿Podrías venir a darnos algunos consejos?”, le preguntó la subdirectora aprovechando la oportunidad.

“Todos andamos buscando cómo apoyarnos mejor”, concluye Rosa.





Confiar en los alumnos

Para encantar a sus alumnos, tempranamente la jefa técnica de la Escuela Edelmira Vergara de Arauco, **Marcela González**, comprendió que se requería corazón. Para las malas notas, conversación. Y para la indisciplina, abrazos.

Programas impartidos por Fundación Educativa Arauco en que Marcela González ha participado:

- Programa Interactivo para el Desarrollo de la Educación Básica 1991-1994.
- Programa Raíces de apoyo al desarrollo del lenguaje 2003-2006.
- Plan provincial de fomento lector: programa “Arauco Lee” 2010-2013.
- Programa transversal de Orquestas 2010-2017.
- Fortaleciendo prácticas de liderazgo escolar 2019-2021.

“¿Cómo los quieres tanto?”, le reprochaban los demás profesores de la Escuela Edelmira Vergara, de la comuna de Arauco. Marcela González estaba a cargo de un octavo básico conflictivo. Rara vez había asistencia completa. Eran desordenados, contestadores e insolentes y varios de sus alumnos ya tenían 15 o 16 años, porque habían repetido.

Cuando no llegaban a clases, Marcela dedicaba parte de su tarde a visitar en sus casas a los ausentes. “Me los encontraba durmiendo, con las guías de matemáticas arrugadas en el suelo. Entonces los abrazaba y les decía: ‘Estoy preocupada por ti. Eres inteligente y tu futuro está en tus manos. Por favor, no me decepciones’”, reconstruye Marcela. “Les hablaba con cariño, porque el autoritarismo no funciona. Los niños necesitan al profesor, pero a veces no saben cómo decírselo”, asegura.

Ese octavo básico fue el último curso al que Marcela le hizo clases antes de convertirse en la jefa de la Unidad Técnica Pedagógica (UTP) de la escuela en 2013.

A partir de su experiencia, desde entonces les transmite a los profesores la importancia de que conozcan en profundidad a sus alumnos. Gracias a diversas capacitaciones de Fundación Arauco, Marcela sistematizó lo que había descubierto intuitivamente: la mejor forma de acercarse a los niños es saber junto a quiénes viven, cuáles son las preocupaciones de la familia, si hay alguien que está lejos o enfermo, los ritos que comparten en la casa. Por eso anima a los educadores a entrevistarse con frecuencia con los padres.

Su meta como jefa de UTP es que los alumnos lleguen a una escuela donde se sientan felices. “Cuando un niño se siente capaz, su aprendizaje avanza. Y si avanza, muestra más disposición aún para aprender. Y eso sólo se da en un ambiente de confianza, no de frustración ni menoscabo. Para lograr la confianza de los niños se necesita una sola cosa: escucharlos y entregarles amor para poder enseñar”.



Los niños como centro, el profesor como mediador

Con treinta años de docencia en sus espaldas, **Pedro Mayolafquén** continúa aprendiendo de sus colegas, de otros establecimientos y de sus alumnos. Esas enseñanzas lo han ayudado a desenvolverse como director de la Escuela Fray Bernabé de Lucerna.

Programas impartidos por Fundación Educacional Arauco en que Pedro Mayolafquén ha participado:

- Programa Raíces de apoyo al desarrollo del lenguaje 2006-2009.
- Programa Raíces MAT 2010-2016.
- Programa de mejoramiento escolar para el desarrollo del pensamiento crítico 2018-2021.



25

“¿Con ese puntaje vas a estudiar Pedagogía?”, escuchó incontables veces Pedro Mayolafquén cuando terminó el colegio. Con 810 puntos en la Prueba de Aptitud Académica, había decidido estudiar Pedagogía en Matemáticas. “En enseñanza media tuve una profesora que me abrió el mundo y yo elegí esta profesión para ser como ella”.

Pedro quiso escapar de la educación enciclopédica en que los alumnos escuchan en silencio al profesor y al cabo de treinta años de ejercicio, ha hecho interesantes aprendizajes: “En la sala, los niños son los protagonistas. Ahora sé que no soy yo el centro, yo soy el mediador. Son ellos los que deben buscar los caminos para encontrar una solución”. Para Mayolafquén, los momentos más valiosos ocurren cuando los alumnos se sientan en un semicírculo en la sala y se genera un diálogo entre ellos y el profesor.

Pero estos descubrimientos no los ha hecho solo.

Cuando era profesor de la Escuela Rural de Yeco, ubicada a 8 kilómetros de Mehuín, en la costa de Mariquina, Región de Los Ríos, se cruzó con la Fundación Arauco.

Esa escuela era un internado que acogía a alumnos de primero a octavo básico. Entre pichangas con corbata en canchas de barro y largas partidas de ajedrez, los seis profesores que ahí se desempeñaban comenzaron a aplicar las nuevas metodologías aprendidas en los programas de la Fundación.

En una ocasión, tras las capacitaciones comunales e intercomunales junto a Máfil y Lanco, de la Fundación fueron a observar cómo Pedro aplicaba las estrategias en el aula. Para la resolución de problemas, presentó un ejercicio de geometría que cada alumno debía desarrollar individualmente y, luego, exponer cómo había obtenido el resultado.

Los niños encontraron seis formas distintas de resolverlo, pero Mayolafquén recuerda una en particular. “Al principio me pareció complicado, pero el alumno lo explicó de tal manera que ayudó a sus compañeros a entender de verdad el problema, no sólo el resultado. Me di cuenta de que los niños son capaces de desarrollar sus propias formas de aprendizaje a partir de un conocimiento”.

Cuando lo trasladaron a la Escuela Valle de Mariquina, en la comuna de San José de la Mariquina, compartió con los docentes de primer ciclo su visión de las estrategias de cálculo mental y resolución de problemas. Todos las adoptaron con rigurosidad y los profesores ganaron seguridad en sus conocimientos, dejaron de lado las clases estilo pizarrón-pupitre y les dieron mayor participación a los alumnos.

En 2014, Mayolafquén fue nombrado director de la Escuela Fray Bernabé de Lucerna, ubicada en la localidad de Ciruelos, al norte de San José de la Mariquina, con una misión titánica: la matrícula se había desplomado. Sólo quedaban 67 alumnos entre prekínder y octavo básico, y debía conseguir que el colegio no cerrara sus puertas.

Creó entonces un proyecto educacional que consideraba a todos los estamentos: profesores, asistentes de educación, apoderados y alumnos.

Ya sabía que solo no podía.

Para entregar seguridad a los padres, el cuerpo docente se comprometió a no acogerse a paro durante dos años. Luego, y tras una consulta a los estudiantes acerca de sus preferencias, se formaron talleres de fútbol, ajedrez, audiovisual y costura, entre otros.

Gracias a una pasantía en el Liceo Bicentenario San Nicolás de Chillán, adoptaron la idea de funcionar por departamentos. Antes, cada profesor trabajaba de manera individual su asignatura y, tras la experiencia recogida, se crearon tres departamentos: Lenguaje, integrado por lenguaje, mapudun-gún, inglés e historia; Matemáticas, formado por matemáticas, ciencias y tecnología, y Arte, que incluye música, artes visuales y educación física. Los tres departamentos trabajan en conjunto formando el Plan Escuela.

En 2020, la escuela ha mantenido abiertas sus puertas y acoge a más de 180 alumnos. Y de ser una escuela de “desempeño medio bajo”, se convirtió en un establecimiento de “desempeño medio”, según la clasificación de la Agencia de Calidad de la Educación.







El logro es de todos

Cuando Daniela Díaz San Martín era jefa de UTP del Liceo Augusto Santelices Valenzuela de Licantén, se propuso unir a los equipos docentes de educación media y básica, que estaban separados física e institucionalmente. Su meta era transformarlo en un solo gran establecimiento y, en el camino, evolucionó la cultura escolar del liceo.

Programas impartidos por Fundación Educativa Arauco en que Daniela Díaz ha participado:

- Programa de gestión escolar Liderando Líderes 2014-2017.



Un liceo, dos edificios y resultados muy diferentes. A eso se enfrentó la profesora básica Daniela Díaz San Martín cuando asumió como jefa de la Unidad Técnica Pedagógica (UTP) del Liceo Augusto Santelices Valenzuela de Licantén, en 2014. El liceo obtenía buenos puntajes en las pruebas externas, pero dichos resultados correspondían a algunos alumnos, no eran resultados generales. Una vieja práctica muy arraigada dividía los niveles en dos cursos: A y B. Los buenos índices provenían del A.

Daniela se propuso erradicar esa división arbitraria. “El logro o el fracaso debía ser de todos”, cuenta. Y se centró en alinear a los equipos de educación básica y media, que estaban separados física e institucionalmente.

Lo primero que hizo fue organizar el liceo bajo una misma base curricular, para que compartieran conceptos, usaran el mismo lenguaje y entendieran lo mismo por objetivos de aprendizaje, desarrollo de habilidades e indicadores de evaluación.

Revisó y rediseñó junto con los profesores las nuevas bases curriculares. “Cuando pusimos sobre la mesa el programa organizado por año y unidad, se dieron cuenta de que había objetivos que no estaban considerando. Fue un aprendizaje por descubrimiento”, explica Daniela, fortalecida en sus convicciones tras su participación en el programa de gestión escolar Liderando Líderes.

Se reunieron para aprender a hacer las planificaciones diarias de las clases bajo este nuevo lenguaje. Daniela entregaba cartas de felicitaciones a los profesores que le enviaban sus pautas de trabajo. “Fue un gesto que contribuyó a que se sintieran reconocidos. Ayudó a generar un cambio en la comunidad y, sobre todo, en la cultura escolar”, dice.

Crearon los departamentos por niveles y asignaturas tras una pasantía en el Liceo San Nicolás, de excelencia. Tomaron su experiencia y la adaptaron a la realidad del Augusto Santelices Valenzuela. “La pasantía reforzó mi mirada sobre cómo se debía lograr la calidad en un establecimiento. Me ayudó a ver que sí se puede”.

El liceo cuenta con todos los niveles de enseñanza, una fortaleza que permite ver la trayectoria educativa. Pero había una visión muy diferenciada entre básica y media. Muchos alumnos preferían cambiarse de colegio cuando terminaban octavo. “Los equipos no se reconocían internamente entre sí y culpaban a los otros por los resultados”.

Daniela se preguntaba cómo podían ser un solo establecimiento aunque tuvieran dos edificios. Y junto al equipo directivo dispusieron que los consejos de profesores se realizaran con todos los docentes, desde educación parvularia hasta enseñanza media. Se revisaba el currículo y se tenía respeto por todas las opiniones, por sencillas o rutinarias que fueran. “Fue muy importante abrir un espacio para que todos los profesores hablaran y se escucharan”.

De esa manera, empezaron a sentirse parte de un mismo proyecto educativo.

“El trabajo que se realizó fue mucho más allá de simplemente cambiar la metodología de aprendizaje. Transformamos la cultura escolar, porque cambiamos las creencias que había. Se reconoció que todas las personas eran importantes y que había que darles una oportunidad a los estudiantes. Hoy los profesores no se rinden ante ningún alumno”, señala Daniela.





El abrazo al final de una etapa

En Licantén, cuando se consolidó el equipo municipal de educación, su alcalde **Marcelo Fernández** se concentró en la búsqueda de aliados estratégicos. Y de esa nueva organización nació el bibliomóvil comunal que conduce **Patricio Núñez**.

Programas impartidos por Fundación Educacional Arauco en Licantén:

- Programa de perfeccionamiento entre pares Caminar Juntos 2001-2005.
 - Programa Raíces de apoyo al desarrollo del lenguaje 2006-2009.
 - Programa de gestión escolar Liderando Líderes 2014-2017.
- Programa para el desarrollo de habilidades lectoras Puente Lector 2020-2022.



La tranquilidad es una de las riquezas de Licantén. También los versos del poeta Pablo De Rokha, nacido en esta comuna costera de la Región del Maule, creada en 1918. Y el río Mataquito, hoy menguado, pero de pasado caudaloso.

Marcelo Fernández, su alcalde, de niño fue alumno de la Escuela N° 5, hoy Liceo Augusto Santelices Vergara. Su profesora jefa fue Mireya Cuevas. “Venía de una Escuela Normal y su exigencia me enseñó a cumplir”, dice.

Los cambios en la educación en Licantén ocurrieron vertiginosamente y, para ponerse al día, su alcalde buscó asociarse con quienes saben de esta materia. “Me interesa el aporte de aliados, como fundaciones y otras organizaciones, con estrategias a la vanguardia para ser un aporte en el aprendizaje de nuestros niños”, señala. En Licantén, hay cuatro colegios, pero en realidad son cinco, porque el liceo está dividido en básica y media. Y una escuela rural: Los Copihues en Los Junquillos.

Tras varios años de colaboración eficiente entre las escuelas, sus profesores y los directivos con los aliados, la fluidez se estancó. “La cosa se trabó y se perdió la comunicación debido a que los equipos del municipio cambiaban, no había un jefe de Unidad Técnica Pedagógica (UTP), llegaba un jefe de Departamento de Administración de Educación Municipal (DAEM) y renunciaba, venía otro y se cambiaba de trabajo. Se abrió un concurso y se presentó un único candidato. Fue un andar, andar, andar...”.

Finalmente Fernández consiguió reordenar el sistema interno. Contrató a un administrador por alta dirección pública y el profesor que hacía ese trabajo se enfocó en los temas educativos. “Necesitábamos urgentemente conformar el equipo de educación de la comuna y lo logramos. Inmediatamente después nos reconectamos con nuestros aliados históricos. Se instaló así el concepto de equipo de trabajo y se dio importancia a la planificación y a la comunicación con los profesores. Volvimos a tener un socio técnico como la Fundación Arauco para trabajar en mejorar la educación”.

Hoy los profesores reconocen, valoran, se sienten escuchados y participan en los cursos de formación y en las charlas. “Los profes de esta comuna se están formando con el apoyo de un aliado de primer nivel, están aprendiendo metodologías actuales y están logrando que las escalas de puntajes suban año a año. Están abriendo espacios para que nuestros jóvenes ingresen a la educación superior. Estamos preparados: la incorporación del bibliomóvil está acercando la lectura a los niños desde que son chiquititos”.

El bibliomóvil que recorre la comuna cargado de libros es uno de los resultados de esta colaboración técnica y Patricio Núñez es su chofer. Los viernes, cuando va llegando en su *jeep* a la escuela Los Copihues, los niños que están haciendo deporte en la cancha corren a abrirle el portón.

“Cuando ven el bibliomóvil entran en otra dimensión. Se acercan, se comunican, se alegran. No me miran, miran los libros delante de ellos, se concentran y todo desaparece, esa es la magia”, describe Patricio.

Una vez un niño le pidió un libro de rimas y leyendas, y Patricio lo tenía. Otra vez alguien le preguntó por uno de origami y también tenía uno. Pero un niño que toca el arpa y el acordeón le pidió un libro de canciones folclóricas y tuvo que esperar hasta el viernes siguiente. Patricio llegó sin falta con el ejemplar. El bibliomóvil cuenta con una colección de 1.200 libros y si en ella no encuentra algún ejemplar, acude a la Biblioteca municipal.

De esa escuela rural, muchos alumnos han pasado a los liceos de la comuna. Y muchos también han terminado su licenciatura. “No tengo palabras para describir a unos padres, tal vez algo toscos, emocionados por el logro de su hijo en la ceremonia de graduación de cuarto medio... Cuando el hijo baja del escenario, después de recibir las felicitaciones de sus profesores, y abraza a la mamá peñadita y al papá con lágrimas en los ojos... Eso es. De eso se trata”, evoca el alcalde.







Mucho más que libros: compromiso

Sonia Naour se embarcó en un proyecto editorial que recopilara la tradición oral de Valdivia. Los colegios, los profesores, los alumnos y el DAEM se comprometieron a trabajar juntos en el libro.

Programas impartidos por Fundación Educativa Arauco en que Sonia Naour participó:

- Programa de lectura y escritura temprana (LET) 2008-2016.



“Así comenzó para mí esta increíble historia del oscuro brujo que podía transformarse en cuervo. Mi madre y mi padre siempre nos contaban historias de miedo y oscuridad. Son las que a mí, personalmente, me encantan. Sobre todo aquella historia que más de una vez quise confirmar si era o no real, sólo decir tres veces: ‘Totué, Totué, te invito a tomar el té...’. Nunca tuve el suficiente valor para decirlo tres veces ya que mi abuela una vez nos contó que llamó al brujo y claramente ella no esperaba que fuera real”, cuenta la historia escrita por una alumna de octavo básico de la Escuela Francia de Valdivia.

Lo que se dice, se cuenta y se canta en Valdivia (2016) es el libro que comparte la tradición oral de la comuna, recopilada por alumnos de las 29 escuelas municipales del sector. Los niños rastrearon adivinanzas, refranes y mitos locales que quedaron impresos tras la portada con dibujos hechos por ellos mismos.

“La Fundación Arauco nos contó que había publicado un libro similar en Arauco y entre conversación y conversación surgió la idea de hacer lo mismo en Valdivia. Lo planteamos en los colegios y nos dijeron inmediatamente que sí”, explica Sonia Naour, encargada en Valdivia de la coordinación y apoyo a programas específicos del Ministerio de Educación.

Participaron alumnos desde educación parvularia hasta octavo básico, quienes redactaron adivinanzas, trabalenguas, canciones y refranes relatados por sus padres, sus abuelos, vecinos o familiares lejanos. “Recogieron también las cosas extraordinarias que habían vivido y aprendieron mucho de sus antepasados y de la memoria de sus localidades”, señala Sonia.

Los profesores ayudaron a los alumnos a escribir los textos y después eligieron los más representativos e innovadores. Sonia recibió más de 500 relatos. Un equipo integrado por miembros del Departamento de Administración de la Educación Municipal (DAEM), profesores de lenguaje y especialistas de la Fundación realizó la selección final. Fueron dos años de trabajo para que el libro llegara a las bibliotecas de todos los establecimientos municipales.

“Fue un proyecto ideal para reflejar qué estaban aprendiendo los alumnos en lectura y escritura con el Plan Lector y, al mismo tiempo, para que los niños se conectaran con el lugar donde vivían. Cuando lo vieron no podían creer que sus nombres o sus historias estuvieran impresos”.

Para la celebración del Día del Libro de 2017, en la Escuela Francia armaron un improvisado escenario con estantes de libros, una silla mecedora y un atril, para simular una biblioteca. Dos alumnos leyeron frente a todo el colegio los textos que escribieron.

“El gimnasio estaba lleno, hasta autoridades municipales había. Todos aplaudieron cuando terminaron de leer. Pero lo más impresionante fue la admiración con que sus compañeros los escucharon. Todos se mantuvieron en completo silencio”.

Los profesores que participaron en el Programa de lectura y escritura temprana y en el Plan Lector enseñan a los nuevos docentes que se integran las estrategias aprendidas para que exista continuidad. “Si bien se terminó el trabajo con la Fundación, no nos hemos desligado. La educación pública necesita un compromiso permanente. No es un trabajo que se haga en un día”.



Una escuela, dos vidas

Casi tres décadas llevan Bernarda Meza y Marisol Parra enseñando en una escuela hundida en un valle en Ránquil, Región de Ñuble. Apoyadas en programas que fortalecieron sus prácticas pedagógicas, Bernarda es hoy la directora y Marisol una profesora que no cambiaría su trabajo por nada del mundo.

Programas impartidos por la Fundación Educacional Arauco en que la Escuela América de Checura ha participado:

- Programa Raíces de apoyo al desarrollo del lenguaje 2003-2006.
- Programa de mejoramiento escolar en matemáticas 2017-2020.



Bernarda Meza y Marisol Parra llevan veintiocho años ejerciendo como profesoras en la Escuela América de Checura, una localidad principalmente evangélica en la comuna de Ránquil, en las profundidades de la Región de Ñuble. De los 66 niños que componen su matrícula hasta octavo básico, no más de cinco llegan caminando. Los demás viven repartidos por quebradas y valles muy alejados, por lo que un furgón los pasa a buscar y los deja en el colegio a las 8:45, hora de inicio de las clases.

En esta pequeña comunidad escolar, todas las profesoras y las asistentes de educación son mujeres, y Bernarda y Marisol son las más antiguas. Ambas forman una dupla cuyo objetivo es darles a los alumnos herramientas, habilidades y conocimientos. “La mayoría se quedaba por acá en el liceo agrícola y nosotras nos empezamos a preocupar de preparar a los niños lo mejor posible para el otro mundo, para que pudieran competir con los niños de ciudad”, dice Bernarda.

A comienzos de los años 2000, cuando llegó a la comuna el programa Raíces de apoyo al desarrollo del lenguaje, de la Fundación Arauco, ambas se empoderaron en el uso de nuevas estrategias en lenguaje –y años después en matemáticas–, actualizando sus prácticas pedagógicas y aplicando los nuevos recursos en la escuela.

“Cuando yo trabajaba en aula, aquí cada uno se preocupaba de su asignatura, de sus niños. Era todo individualista. Cambió nuestro *chip* cuando nos enseñaron a trabajar con orden, con sistematicidad y con una idea en común. Nuestro trabajo era dedicado, pero desordenado, cada profesor hacía las planificaciones a su pinta, por eso no se veían resultados”, describe Bernarda.

Los consejos de profesores eran administrativos. Se repasaba lo que había que comprar, se recordaba que los libros de clases debían estar al día, se veía la asistencia. Hoy lo administrativo es mínimo, lo sustancial son las dos horas de reflexión en que se atienden los temas pedagógicos y se da el espacio para el trabajo colaborativo entre los profesores: en esa hora se conversa, se aúnan criterios y se establecen los focos comunes a toda la escuela.

Empezaron de a poquitito. A medida que los profesores mayores se jubilaban, se integraban nuevos educadores que se adaptaban a la forma de trabajar: planificada, sistemática y ordenada. “Y las cosas fueron saliendo bien”, dice Bernarda. “Hoy tenemos el apoyo de todas las profes. Han creído y han confiado en nuestro ideal de escuela. Pero fue un trabajo muy gradual hasta que empezamos a subir los resultados”, reconoce.

Una exalumna a quien Marisol le enseñó a leer en primero básico es hoy colega en la escuela. También hay un ortodoncista, una abogada y pequeños empresarios, entre muchas otras profesiones originadas en Checura. “Se les amplió el horizonte, antes los niños de aquí querían manejar camiones o trabajar en la uva, como sus padres”, dice.

Dentro del programa, Marisol asistió a una pasantía en el Colegio Manuel Avelés, de Iloca, una escuela que concentró tres en una después del tsunami de 2010. “Me llamó la atención cuánto le costó a la directora unir a esas escuelas, unificar criterios con los docentes y lograr el éxito que tenían. Era como un retrato de lo que vivíamos nosotros en Checura”, señala. Marisol se llevó una idea para la lectura compartida que hace con su curso combinado de tercero y cuarto básico: “Los niños en Iloca saltaban mientras leían, se movían mucho, y lo disfrutaban”.





Para encantarlos con la lectura, que es la misma durante toda la semana, un día la leen con voz de bruja, luego como guaguas, después como si fueran franceses... “Incluso leemos con una única vocal, para que el cerebro tenga más trabajo”, dice.

Después de la lectura vienen, sistemáticamente, las mini-lecciones. “Es un espacio pequeño, unos quince a veinte minutos en que se toma una palabra que los niños desconocen y ellos, por contexto, encuentran el significado. Luego dan ejemplos con oraciones propias”.

En un texto aparecía el concepto “difícil decisión”. Cada uno dio un ejemplo personal. “Uno de los alumnos tenía papá nuevo desde hacía poco tiempo y contó su difícil decisión: no sabía si quedarse con el apellido antiguo o adoptar el nuevo”.

En 2012, Bernarda fue nombrada directora de la escuela. El jefe del Departamento de Administración de la Edu-

cación Municipal (DAEM) le advirtió que su nuevo cargo sería solitario: “Te vas a sentir sola, te va a costar, nadie te va a acompañar cuando tengas que resolver situaciones difíciles”, le dijo.

El augurio no se cumplió. “Me siento acompañada y muy apoyada por mi equipo. Sinceramente, no en cualquier escuela se puede dar un equipo como este. Es colaborador, tiene propuestas y dialoga. Sola no se puede, con el apoyo de los demás sí. Y con orden y sistematicidad. Eso es lo que da resultado”, puntualiza Bernarda.

Marisol volvería a estudiar lo mismo y volvería a enseñar en Checura, junto a Bernarda, si le dieran a elegir. “Me gusta ver cómo avanzan mis alumnos, cómo pasan de leer silábicamente a lectura fluida. De ver una letra que nadie entiende a ver después una letra hermosa. Y reírme. Yo me río mucho con ellos, y ellos se ríen de mí. No soy una profesora seria”.





30

Nuevas estrategias de hace diez años

María Dolores Ávila, directora del departamento de educación de Empedrado, Región del Maule, descubrió que tiene un tesoro guardado desde el tiempo en que enseñaba en aula: estrategias que devolvieron la autoestima a profesores y alumnos. Y está decidida a volver a usarlas.

Programas impartidos por la Fundación Educativa Arauco en que María Dolores Ávila ha participado:

- Programa Interactivo-R para el Desarrollo de la Educación Básica 2008-2012.
- Programa de acompañamiento en crisis 2010 y 2017.

María Dolores Ávila, directora del Departamento de Administración de Educación Municipal (DAEM) de Empedrado, una comuna en la Región del Maule, invitó a fines de 2019 a la jefa de la Unidad Técnica Pedagógica (UTP) a asistir a una clase que se modelaría con niños de primero básico y profesores de Santiago en el Teatro Municipal de Linares, como una actividad de formación.

“Señora Carmen, ¿vamos? Tengo mucha expectativa”, le comentó. La jefa de la UTP tenía bastante trabajo, pero María Dolores insistió: “Vamos nomás”.

Llegaron atrasadas a la primera clase. “Salir de Empedrado no es lo mismo que salir de Talca”. Presenciaron la segunda. La profesora se presentó, trató un ratito con los 30 niños y empezó.

“¡Señora Carmen! ¡Son prácticamente las mismas estrategias que nosotros aprendimos hace diez años! Mire cómo aborda la lectura comprensiva. Y usa láminas, es lo mismo. Fíjese, hace predicciones a partir del título *La cigarra y la hormiga*”.

En ese momento, la profesora sobre el escenario preguntaba: “¿Niños, qué saben de la cigarra?, cuéntenme”.

María Dolores recordó cuando ella estaba en el aula y aplicaba las estrategias que había aprendido en cursos de perfeccionamiento en Constitución, jornadas a las que acudía en vacaciones de invierno o de verano diez años atrás, y en reuniones mensuales.

“Las cigarras tienen alas, cantan, no les gusta trabajar, son insectos”, contestaban los niños en el Teatro Municipal.

“Los felicito, niños, ustedes saben mucho”, les decía la profesora.

“Esa es la lluvia de ideas, nosotros también la hacíamos. Para leer con los niños, primero modelaba yo y después leíamos al unísono. Así, los que no leían todavía sentían que sí sabían.

A algunos les costaba pronunciar algunos grupos consonánti-

cos, pero como leíamos juntos no se notaba. Y yo los felicitaba a todos. Esa estrategia era muy buena para la autoestima de los niños”, evoca María Dolores.

Lo primero que descubrió en esos lejanos cursos fue la importancia de la autoestima del profesor. “¿Si yo tengo una autoestima baja, cómo voy a trabajar con mis niños? Me di cuenta de que tenía falencias como profesora, que no sabía cómo hacerlo mejor, y se me despertó una preocupación –esa es la palabra– por saber más. Por conocer el desarrollo emocional de los niños, porque nuestras palabras y nuestros gestos influyen en ellos. Cuando empecé a trabajar la autoestima con mis niños gracias a los programas de la Fundación Arauco, algunos de los alumnos salieron bajitos, pero yo ya había recibido herramientas para apoyarlos”.

“Se da cuenta, señora Carmen, tenemos que retomar estas estrategias”. Desde que María Dolores está a cargo del DAEM, ha intentado revivirlas. “Siendo sincera, nos ha costado un poquito enfocarlas. La gente ha cambiado en diez años, los profesores están sobrecargados, pero son buenas herramientas. Y para mí significaron aprendizaje, crecimiento personal y desarrollo profesional”.

A la salida de la clase en Linares, María Dolores se detuvo frente al Teatro Municipal:

“Sabe, señora Carmen, usted es la jefa de UTP. Vamos a pedir un informe, porque tenemos todas estas estrategias guardadas desde la época en que nosotras y los demás profesores que nos perfeccionamos con la Fundación las aplicábamos en el aula. Falta un poquito de apoyo, un poquito de apriete con las jefaturas técnicas, pero las vamos a recuperar para la comuna. ¡Como hace diez años!”.





Creemos en los profesores

Soñamos con un país en el que todos los niños puedan desplegar su máximo potencial y contamos con los profesores para alcanzar este desafío. Sabemos que los educadores confían en sus alumnos y Fundación Educativa Arauco lleva treinta años apostando por los equipos docentes, fortaleciendo sus prácticas pedagógicas y directivas a través de un trabajo colaborativo de aprendizajes y mejoramiento continuo en escuelas y comunas. En Chile habrá más oportunidades para todos si tenemos una mejor educación y en la Fundación creemos que los profesores son esenciales para conseguirlo.

1



Mafelda Cruz

Profesora de educación diferencial de la Universidad de Concepción, Mafelda Cruz empezó a trabajar como directora de educación del DAEM de Arauco en 1982. Tiene un postítulo en Administración Educacional en la Universidad de Concepción y másteres en Administración y Gestión Educacional y en Pedagogía Universitaria, ambos de la Universidad Mayor. Jubiló en 2016, luego de veintitrés años como directora del DAEM de Arauco.

2



Marlene Padilla

Profesora de educación general básica de la Universidad de Concepción, Marlene Padilla es también licenciada en Educación con mención en Administración Educacional de la Universidad Tecnológica Metropolitana. Suma un magíster en Educación con mención en Administración y Gestión Educacional de la Universidad de la República, un postítulo en Inglés de la Universidad del Biobío y otro en Lenguaje y Comunicación en la Universidad de Concepción. En 2010 se convirtió en la primera y única directora de la Escuela Leoncio Araneda Figueroa de Cañete y desde 2018 es directora subrogante del Liceo Homero Villegas, en la Región del Biobío.

3



María Eugenia Muñoz

Profesora de educación musical, en 1995 María Eugenia Muñoz asumió como coordinadora de la Orquesta de Curanilahue, cargo que ejerce hasta hoy. En 1999, asumió el área de extensión cultural del Liceo Mariano Latorre, hasta que en 2011 se convirtió en orientadora y encargada del área de convivencia escolar. Tiene un postítulo como consejera educacional y laboral en la Universidad Católica de Concepción. Actualmente ejerce el cargo de inspectora general subrogante del liceo.

4



Óscar García

Profesor de español y filosofía de la Universidad de Concepción, en 1981, Óscar García retornó al Liceo Mariano Latorre de Curanilahue, del que es exalumno. Estuvo a cargo del departamento de orientación, de la inspectoría general y de la subdirección y desde 2001 es el director. Cuenta con un magíster en Pedagogía en Educación Superior de la Universidad Mayor y en Dirección y Gestión Escolar de la Universidad de Concepción. Bajo su gestión, el liceo pasó de ser exclusivamente humanístico científico a polivalente, además de ser reconocido como escuela artística y liceo bicentenario.



Luis Jorquera

Profesor de educación general básica de la Universidad de Concepción, donde realizó un postítulo en Lenguaje y Comunicación. Fue profesor de lenguaje, ciencias sociales e historia en la Escuela Galvarino de Huentelolén, en Cañete. Luego de realizar una pasantía en México enfocada en la educación intercultural bilingüe, se perfeccionó en Administración Educacional en el CPEIP. Desde 2012 ejerce como director de la Escuela Galvarino y en 2018 obtuvo el primer premio Fundación Educativa Arauco Escuela al desarrollo de buenas prácticas educativas.

5



Alma Ruiz

En 1956 Alma Ruiz se incorporó como profesora de la Escuela San Pedro de Laraquete. Llegó a ser subdirectora –período en el cual hizo cursos de perfeccionamiento de artes plásticas y ciencias sociales en la Universidad de Concepción y en la Universidad de Talca– y luego asumió como directora del establecimiento, cargo del que jubiló en 1997.

5



Grecia Ruiz

En 1960 Grecia Ruiz llegó a trabajar como profesora normalista a la Escuela San Pedro de Laraquete. Durante los treinta y siete años en que se desempeñó allí fue, además, secretaria del consejo directivo, coordinadora del coro y profesora de artes plásticas de séptimo y octavo básico. Jubiló en 1997.

6



Victoria Ruiz

A partir de 1967 la profesora Victoria Ruiz trabajó en las escuelas de Lota, de Colcura y de Pichilo. En 1973 se trasladó a la Escuela El Pinar, a un kilómetro de Laraquete, y en 1982 se integró como profesora de lenguaje a la Escuela San Pedro. Durante su trayectoria profesional, realizó más de veinte cursos de perfeccionamiento en el CPEIP enfocados en lenguaje y comunicación y fue jefa de Unidad Técnica Pedagógica (UTP). Se jubiló en 2005.



Ana del Carmen San Martín

Fue profesora en la Escuela San Sebastián, en Puico, comuna de Empedrado, entre 1989 y 2008. En 2009 pasó a ejercer como directora de la Escuela María Olga Vega. Realizó un magíster en Política y Gestión Educacional en la Universidad de Talca y un postítulo en Ciencias Naturales en la Universidad Católica del Maule. Entre 2015 y 2017 fue inspectora general de educación básica en el Liceo San Ignacio de Empedrado y desde 2018 es jefa de UTP del Departamento Administrativo de Educación Municipal (DAEM) de Empedrado.

7



Rosalba Espinoza Vergara

Profesora de educación básica de la Universidad Católica del Maule, Rosalba Espinoza trabajó en escuelas rurales de Lagunilla, de Putú y de Constitución antes de integrarse al Colegio Constitución como profesora de lenguaje. Ha realizado una decena de diplomados, casi todos en la Universidad de Talca o en la Universidad Católica de Talca. Luego de ser profesora y jefa técnica de la Escuela Enrique Donn Müller, jubiló en 2012. Continúa haciendo clases en una escuela de lenguaje de Constitución.

8



Clorinda Fritz

Llegó a la Escuela Valle de Ramadillas en 1968 como profesora básica. En 1991 fue nombrada jefa de UTP y en 2002 pasó a ser su directora, cargo del que jubiló en 2009. A lo largo de su carrera profesional, realizó cursos de perfeccionamiento impartidos por el CPEIP, entre ellos de orientación, planificación, disciplina en el aula, directiva docente y dirección de establecimientos.

9



Benjamín Román

Estudia Artes Musicales Sonoras en la Universidad Austral de Chile. Fue asistente de profesor de violín del CIFAN entre 2008 y 2009 y monitor e instructor entre 2010 y 2012. Se ha desempeñado como profesor de violín en la orquesta de la Escuela de Corral y ha sido coordinador de la orquesta del CIFAN.

10



Hernán Calquín

Estudió Pedagogía en artes en la Universidad de Chile en Talca. Trabajó como profesor en el Liceo Augusto Santelices Valenzuela de Licantén, en la Región del Maule, creó la radio FM y el canal de TV de la misma comuna, dirigió la banda de Licantén y fundó el Museo de Vichuquén. Fue subdirector del Liceo Augusto Santelices Valenzuela y hoy es su director.

11



Héctor Bascuñán

Héctor Bascuñán fue profesor y director de la Escuela N° 26 de Constitución entre 1964 y 1965. También trabajó como profesor y luego fue director de la Escuela N° 7 de Empedrado. En sus años como docente realizó cursos impartidos por el CPEIP, como Directivos docentes, Desarrollo de habilidades lingüísticas o Especialización en innovación educativa. En 1986, llegó a ser jefe de UTP de Empedrado. Ejerció el cargo hasta 2016, año en que se jubiló.

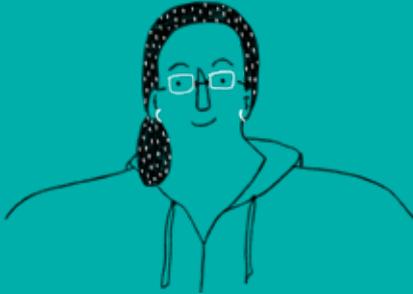
12



Marisa Valentino

En Santiago, Marisa Valentino ejerció como profesora básica en una escuela de la comuna de La Pintana y en el colegio Repton School, en La Reina. Desde 1997 es profesora básica del Liceo Augusto Santelices Valenzuela de Licantén, en la Región del Maule, donde además es asesora del centro general de padres y encargada del Plan Lector. Cuenta con un diplomado en Hiperactividad y Déficit Atencional en IPLACEX y un magíster en Educación con mención en Lectoescritura de la Universidad Católica del Maule. Fue la primera docente en ganar el Premio Fundación Educacional Arauco al maestro: un homenaje a Mabel Condemarín, otorgado en 2009.

13



Elizabeth Huentemil

Fue apoderada de la Escuela Edelmira Vergara de Arauco entre los años 2000 y 2013. Desde 2012 y hasta 2018 fue la presidenta del centro de padres del mismo establecimiento.

14



Johanna Espinoza

Se formó como asistente de educación e inspectora de aula en el Instituto Profesional Albert Einstein de Chillán y, en 2010, llegó a trabajar a la Escuela Rural de Magdalena, en Coelemu, donde hasta 2019 asistían seis niños que cursaban de primero a sexto básico. Actualmente, se desempeña como auxiliar de aseo de la misma escuela.

15



Juanita Castro

Antes de convertirse en la directora provincial de Educación de Ñuble y sus 21 comunas –cuando Ñuble era una provincia– Juanita Castro, profesora básica de la Universidad Católica, trabajó en la secretaría ministerial y en el Ministerio de Educación. Es magíster en Educación y Currículum de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación y doctora en Educación de la Universidad de Alicante, España. Actualmente, integra el equipo académico de la Facultad de Educación de la Universidad del Bío-Bío, sede Chillán.

16



Marcos Vera

Profesor de educación general básica de la Universidad de Los Lagos, obtuvo postítulos de Especialización en Administración con mención en Planificación y Proyectos Educativos en la U. de Viña del Mar y con mención en Segundo Ciclo de Educación Básica en el sector de aprendizaje en ciencias de la U. de Los Lagos. Participó en las cuatro etapas del Programa Interactivo-R de Fundación Arauco entre 2008 y 2012. En 2018 realizó un magíster en Educación con mención en Gestión de Calidad en la U. Miguel de Cervantes. Tras doce años en el sector rural, en Talca realizó clases de historia en 2° ciclo en el Colegio Camilo Henríquez y en la Escuela Presidente José Manuel Balmaceda. Desde 2014 es inspector general en la Escuela Prosperidad.

17



Joan Garrido

Estudia Ingeniería Electrónica en la Universidad Católica del Maule. Desde que era alumno de la Escuela Rural La Quebrada, en Pichamán, Región del Maule, le gustan las matemáticas y la computación. Hoy sus aficiones principales, dentro de esas dos áreas, están relacionadas con juegos, simulaciones, modelado y diseño, dominios en los que le gustaría especializarse.



Patricia Silva

Es profesora básica con mención en Ciencias Sociales de la Universidad Austral de Chile. Realizó un magíster en Educación con mención en Orientación, Administración y Gestión Educativa y un postítulo en Administración y Gestión Directa de Establecimientos Educativos, impartidos por el Centro de Perfeccionamiento, Experimentación e Investigaciones Pedagógicas (CPEIP). Se desempeñó como jefa de Unidad Técnica Pedagógica (UTP) y como inspectora general en la Escuela Fedor Dostoievski de Valdivia y como directora de la Escuela Alemania en esa misma ciudad. Luego fue directora del Departamento de Administración de la Educación Municipal (DAEM) de Valdivia y jefa de su área docente. Hoy es jefa provincial de Educación de la misma ciudad.

18



María de La Luz Marqués

Después de titularse de educadora de párvulos en la Universidad de Talca, María de la Luz Marqués trabajó en el centro abierto de Fundación Swett en Santiago. Luego fue directora de un jardín infantil en Constitución y ejerció en las escuelas Antihue, Nueva España y El Bosque. En 2008 comenzó un magíster en Educación con mención en Evaluación Educativa y en 2011 un doctorado en Ciencias de la Educación, en la Universidad de La Frontera. En 2013 ganó el Premio Fundación Educativa Arauco al maestro: un homenaje a Mabel Condemarrín. Actualmente, se desempeña como académica de la Pontificia Universidad Católica de Chile, campus Villarrica.

19



Mirna Varas

Es profesora con mención en Castellano de la Escuela Normal de Talca. Fue integrante de la UTP del Liceo Rural de Putú y luego fue coordinadora del Proyecto Enlaces. Realizó un postítulo en Evaluación Educativa en el Instituto Profesional del Valle Central y en Informática Educativa en la Universidad Católica del Maule. En 2006 se integró a la Red Maestros de Maestros y fue destacada en la Evaluación docente de 2007. Fue encargada de coordinación de enseñanza básica comunal en el DAEM de Constitución hasta 2012, año en que jubiló.

20



Egidio Ponce

En la Escuela Fray Pedro Armengol, Egidio Ponce fue profesor generalista y de matemáticas y jefe de la Unidad Técnica Pedagógica (UTP). Obtuvo una beca en la Universidad Católica de Chile para especializarse en Ciencias Naturales y viajó a Londres, a la Universidad de Birmingham, por la pasantía Conociendo el Sistema Educativo de Gran Bretaña. Trabajó como planificador de la Unidad Técnica Comunal en el Departamento de Administración de Educación Municipal (DAEM) de Curepto y antes de jubilar en 2014, regresó a la escuela Fray Pedro Armengol como director.

21



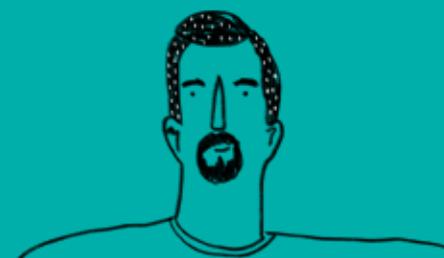
Betty Fernández

Es poetisa y gestora cultural. En 2002 cofundó la agrupación literaria y cultural Viento Sur de Lebu. En 2007 creó la revista de arte, patrimonio y literatura *Oxímoron*. Su poesía se ha publicado en medios locales, nacionales e internacionales. Desde 2012 es la encargada de la ludoteca de Lebu.



Catalina Martínez

Es profesora normalista con mención en Educación Musical y estudió Licenciatura en educación en la Universidad Católica de la Santísima Concepción. Desde 1999 ha trabajado vinculada a la administración de establecimientos educacionales del municipio de Lebu.



Carlos Mendiboure

Desde 2010 el publicista Carlos Mendiboure es el bibliomovilero de Lebu. Cuenta con un diplomado en gestión de bibliotecas de la Universidad Alberto Hurtado y es bombero de la Primera Compañía de Lebu.

22



Gina Aravena

Titulada con distinción máxima de pedagoga en educación básica en la Universidad Austral de Chile, Gina Aravena se incorporó como profesora en la Escuela Leonardo Da Vinci de Valdivia, donde hoy también se desempeña como coordinadora de primer ciclo. Ha participado en cursos y seminarios como “Volver a la lectura: un espacio de encuentro con el libro” en la Universidad Austral de Chile y “Evaluación para el aprendizaje” de la Universidad San Sebastián en Valdivia. En 2014 obtuvo el Premio Fundación Educativa Arauco al maestro: un homenaje a Mabel Condemarín.

23



Florencia Jara

Es alumna de segundo medio en el Liceo Bicentenario de Los Ríos, en Valdivia. Desde que aprendió a leer su pasatiempo favorito es la lectura y, entre los numerosos libros que han pasado por sus manos, *Divergente*, de la autora estadounidense Veronica Roth, sigue siendo su trilogía preferida. Disfruta practicando vóleybol y fútbol, y artes marciales como kung-fu y taekwondo.



Rosa Farías

Profesora de educación general básica de la Universidad Católica de Chile, Rosa Farías comenzó su carrera docente como profesora en la Escuela Salvador Allende en La Pesca, Licantén. En 2010 ejerció como directora en la Escuela Concentrada de la Costa en Iloca. Ha realizado pos-títulos en Lenguaje, Educación Diferencial y Administración y Currículum en el Instituto Profesional IPLACEX. Desde 2013 es jefa de UTP en el Colegio Dr. Manuel Avilés Inostroza de Iloca, en Licantén, Región del Maule.

24



Marcela González

Entre 1990 y 2002, Marcela González fue profesora bidocente y polidocente en las escuelas rurales Alto Yani y El Pinar de Arauco, respectivamente. Ha realizado tres postítulos: uno en Evaluación Educacional en el Instituto Profesional IPLACEX; otro en Planificación Educacional en el Instituto Valle Central, y un tercero en Educación Matemática para enseñanza básica en la Universidad de Viña del Mar. Desde 2003 trabaja en la Escuela Edelmira Vergara de Arauco, donde ha sido profesora de educación básica y, desde 2012, también jefa de UTP. Actualmente cursa un magíster en Políticas Educativas en la Universidad del Desarrollo.

25



Pedro Mayolafquén

Tras estudiar pedagogía básica con mención en Historia y Matemáticas en la Pontificia Universidad Católica de Chile, Pedro Mayolafquén realizó postítulos en Administración Educacional, Educación Matemática segundo ciclo y Liderazgo Educacional; un diplomado en Estrategias de Enseñanza de las Matemáticas y Mentorías y un magíster en Liderazgo Educacional. En 1990 fue profesor en la Escuela Chanquín de Toltén, luego se desempeñó como profesor de matemáticas de segundo ciclo en la Escuela Rural de Yeco y en la Escuela Valle de Mariquina, y fue jefe de UTP comunal. Hoy es director de la Escuela Fray Bernabé de Lucerna, en Ciruelos, comuna de Mariquina, y coordinador de la Red N° 7 de las escuelas municipales de Mariquina y Lanco.

26



Daniela Díaz San Martín

Profesora básica con mención en Educación Rural y Desarrollo de la Universidad de Playa Ancha, Daniela Díaz San Martín trabajó en la Escuela Monseñor Manuel Larraín de Hualañé y haciendo clases de español en dos liceos franceses, a través del programa Asistente de Lengua Española. En 2013 obtuvo una beca de Fundación Chile para el Plan de Formación de Directores de Excelencia en la Universidad de Melbourne y en 2015 fue pasante en el programa "Aulas Globales: un viaje de aprendizaje al sistema educativo finlandés" de la Universidad del Desarrollo y la Universidad de Jyväskylä de Finlandia. Al volver cursó el diplomado Herramientas para la Gestión Técnico Pedagógica en la Universidad Diego Portales. En 2014 fue jefa de UTP del Liceo Augusto Santelices Valenzuela de Licantén.

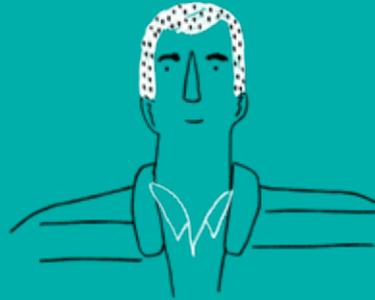
27



Marcelo Fernández

Es alcalde de Licantén, en la Región del Maule, desde 2012. Antes se desempeñó como tesorero municipal. Como alcalde ha realizado varios proyectos enfocados en educación. En su gestión, las clases de inglés y educación física son impartidas por profesores especialistas del área y se inauguró un preuniversitario gratuito para estudiantes de tercero y cuarto medio en los liceos Augusto Santelices Valenzuela y Alejandro Rojas Sierra, entre otros proyectos.

28



Patricio Núñez

Dibujante técnico de formación, Patricio Núñez es, desde 2018, el bibliomovilero de Licantén. Realizó la capacitación “Introducción al arte de contar historias”, impartida por Fundación Educativa Arauco y asiste a constantes jornadas de formación durante el año sobre el funcionamiento del bibliomóvil, como cuentos clásicos y su desarrollo, clasificación de literatura y cuentacuentos, entre otros.



Sonia Naour

Egresó de educación musical en la Universidad Austral de Chile, realizó un magíster en Educación con mención en Tecnología Educativa en la misma casa de estudios y un diplomado en Gestión Estratégica en la Universidad de Antofagasta. Ha sido directora de la Escuela de Pedagogía y del Instituto de Pedagogía en la Universidad Austral de Chile y jefa de Unidad Técnica Pedagógica (UTP) del Liceo Los Avellanos de Valdivia. Desde 2004 integra el equipo de UTP del DAEM de Valdivia.

29



Bernarda Meza

La profesora de educación básica Bernarda Meza trabajó tres años en el Liceo Camilo Henríquez de Los Ángeles antes de llegar, en 1994, a la Escuela América, en Checura, Ránquil, donde desde 2012 se desempeña como directora. Es diplomada en Liderazgo y Gestión de la Educación de la Universidad Católica y realizó un postítulo con mención en Matemáticas en la Universidad de Concepción. Durante su gestión como directora, la Escuela América alcanzó la excelencia académica y desde hace dos años está en la categoría alta de la Agencia de Calidad de Educación.

30



Marisol Parra

Recién titulada como profesora de educación básica, Marisol Parra trabajó en las escuelas rurales de Quillón y Coelemu. En la Escuela América de Checura es profesora básica y de inglés desde principios de los años noventa. Cuenta con un postítulo en Orientación de la Universidad de Viña del Mar y varios cursos del Centro de Perfeccionamiento, Experimentación e Investigaciones Pedagógicas (CPEIP) enfocados en jefaturas técnicas. En 2013 asumió como jefa de la Unidad Técnica Pedagógica (UTP) de la Escuela América y en 2015 obtuvo el Premio Fundación Educacional Arauco al maestro: un homenaje a Mabel Condemarín.



María Dolores Ávila

Luego de formarse como asistente de párvulos, María Dolores Ávila estudió pedagogía básica en la Universidad de Los Lagos e ingresó a trabajar al Liceo San Ignacio de Empedrado, donde en 2012 se convirtió en jefa de UTP. Realizó postítulos en Lenguaje y Comunicación y en Evaluación del Proceso Educativo en la Universidad Tecnológica Metropolitana, además de un magíster en Educación en la Universidad Miguel de Cervantes y un diplomado de Herramientas y Estrategias para la Instalación de Prácticas Directivas en la Universidad Diego Portales. Desde 2017 es directora del DAEM de Empedrado.

Agradecimientos

Queremos dar las gracias a todas las personas que han colaborado y hecho posible el aporte de Fundación Arauco a la educación de las niñas, los niños y los jóvenes de Chile a lo largo de sus 30 años. Desde el interior de la Fundación o como colaboradores externos, cada una de estas personas ha puesto sus conocimientos y su compromiso con el desarrollo profesional docente y con el aprendizaje y desarrollo de los estudiantes, a disposición de este proyecto. Sin ellos –y sin muchos otros talentos que sería interminable de enumerar–, la contribución de la Fundación sería muy distinta. Gracias en nombre de cada uno de los profesores, estudiantes, escuelas, directivos y sostenedores con quienes hemos trabajado.

EQUIPO FUNDACIÓN

DIRECTORIO

Roberto Angelini

Manuel Enrique Bezanilla

Matías Domeyko

Alberto Etchegaray

Felipe Guzmán

Cristián Infante

Charles Kimber

Angélica Prats

EQUIPO ACTUAL FUNDACIÓN

Cecilia Acuña

Florencia Alonso

Matías Aranda

Percy Bedwell

Gladys Davis

Felipe Del Real

Patricia Echaiz

Carla Feris

Paula Galdámez

Alejandra Garrido

Daniela Hernández

José Miguel Infante

Macarena Moraga

Gabriela Morales

Alejandra Nogales

Lisette Palma

Lorena Peñailillo

Francisca Pinochet

Valeria Pinto

Bernardita Quijada

Isidora Recart

Yasna Reyes

Simón Rodríguez

Andrés Rojas

Carla Román

Alicia Russell

Marcela Sáez

Paula Salvatierra

Francisca Sánchez

Angélica Sepúlveda

Carolina Sepúlveda

Cristóbal Tapia

Alejandra Torretti

Isabel Valenzuela

Lisette Vásquez

Renata Vásquez

EQUIPOS ANTERIORES

Alejandra Arratia
 Cristina Alba
 María José Aller
 Carolina Andueza
 Isabel Araya
 Judith Avello
 Claudia Baeza
 Blanca Barco
 Alessandra Caiozzi
 Pía Castillo
 Angélica Castro
 Cecilia Cordero
 Isidora Cortese
 Blanca Cuadrado
 Luz María Cuadrado
 Patricia Cuevas
 Ana María Domínguez
 Carolina Estivales
 Sara Gálvez
 Viviana Gómez
 María Inés González
 Pamela Gutiérrez
 Isabel Margarita Haeussler
 Karina Haller

Rodrigo Hernández
 Carolina Herrera
 Viviana Hojman
 Pilar Infante
 Francisco Lagos
 Elena Larraín
 Javiera Lillo
 Francisca Lizana
 Graciela Lucchini
 Gina Macari
 Luis Madariaga
 Teresa Marchant
 Isabel McKellar
 Paulina Melo
 Mónica Mendoza
 Trinidad Moreno
 Antonieta Navarro
 Loreta Navarro
 Edith Nusta
 Claudia Olivares
 Carlos Osorio
 Soledad Pacheco
 María de los Ángeles Pavez
 Alexandra Pavletich
 Antonio Pavón
 Isabel Peña

Angélica Prats
 Teresa Quintana
 Bernardita Quiñones
 Pedro Quiroga
 Ana María Reyes
 Mabel Reyes
 Ximena Reyes
 Eugenio Rioseco
 Emma Ruiz de Gamboa
 Andrea Salinas
 Maximiliano Sánchez
 Jorge Sanhueza
 Mariela Silva
 Alejandra Soehrens
 Marcela Soto
 Mauricio Soto
 Isabel Tarky
 Ana Troncoso
 Catalina Truco
 Giuletta Vaccarezza
 Fabiola Valdebenito
 Teresa Valderrama
 Ana Valdivieso
 María José Valenzuela
 Carolina Vargas

EXPERTOS Y DOCENTES
EXTERNOS QUE HAN APOYADO
PROGRAMAS EN TERRENO

Alejandra Aspillaga

Natalia Ávila

Verónica Abud

Lidia Alcalay

Felipe Alliende

Francisco Álvarez

Alicia Álvarez

Claudio Aravena

Mónica Aravena

Ana María Arón

Ana María Artigoitía

Aracely Avendaño

Sonia Avilés

Isabel Baeza

Mariano Becerra

Andrés Benavente

Jordi Berenger

Cristián Berger

Cecilia Beuchat

Sonia Bralic

Valentina Bravo

Roberto Cabrera †

Rodrigo Campos

Cecilia Cardemil

Cristián Cárdenas

Isabel Casar

Ximena Cassarotto

Amanda Céspedes

Margarita Chadwick

Enrique Chía

Fernando Coddou

Alicia Cofré

Mabel Condemarín †

Leny Contreras

Millycent Contreras

Ana María Cordero

Mónica Correa

Magdalena Covarrubias

Ilma Cruz

Isabelle de Tranqualye

Felipe Denegri †

Gertrudis Díaz

Ximena Díaz

Margarita Díaz

Fanny Dittborn

Cintha Diuk

Rebeca Domínguez

Astrid Donoso

Marta Edwards

Nicole Eisenberg

Katharina Eitner

Karla Escare

Pablo Espinoza

Patricio Felmer

Claudio Figueroa

Paulina Flotts

Teresa Fontaine

Mónica Frías

Marcela Fuentealba

Lorena Fuentes

Mónica Fuentes

Ricardo Fuentes

Ana María Gajardo

Héctor Galaz †

Viviana Galdames

Grecia Gálvez

Andrea Garri

Germán Gautier

Verónica Gazmuri

Myriam George

Paula Gómez

Álvaro González

Juan González
 Marcela González
 Elena Gorostegui
 Araceli Gorrichón
 Ana María Güiraldes
 Eugenio Guzmán
 Carmen Hernández
 Rodolfo Hidalgo
 Anita Hodgson
 Alejandra Hoogma
 Andrea Horn
 Ninoska Huaiquinao
 Marta Hurtado
 Carolina Ibáñez
 Roxana Ignamarca
 Claudio Ihl
 Teresa Izquierdo
 Elvira Jéldrez
 Johana Jéldrez
 José Jerez
 Pamela Jerez
 Isabel Jiménez
 Francisca Lagos
 Mónica Lagos
 Claudia Larraguibel

Mónica Larraín
 Mabel Lira
 Teresa Llanos
 Víctor Llantén
 Patricia Lobos
 Carmen López
 Patricia López
 Soledad López de Lérica
 Andrea Machuca
 Inger Marian
 Fernando Marihuén
 Bernardita Marshall
 Kiomo Matsumoto
 Alejandra Medina
 Carla Medina
 Isidora Mena
 Alejandra Meneses
 Neva Milicic
 Juan Morel
 Magdalena Moreno
 Catalina Moya
 Cecilia Moya
 Felipe Munita
 Jacinto Muñoz
 Andrea Navarrete

Claudia Navarrete
 Jorge Neira
 Paula Noemi
 Carmen Núñez
 Carolina Ojeda
 Claudia Olavarría
 Anne Marie Oligier
 Juan Oliver
 Terry Orrego
 Mauricio Paredes
 Marcelo Parra
 Manuel Peña
 Maritza Pérez
 Armando Peri
 Daniela Pesce
 Verónica Pesse
 Tomás Peters
 Isabel Pineda
 Mauricio Pino
 Bernardita Pizarro
 Luis Poblete
 Patricia Quiroz
 Jorge Ramírez
 María Olivia Recart
 Paula Riesco

Amelia Ríos

María Inés Ríos

Judith Riquelme

Valentina Romeu

Nubia Saffie

Francisco Santis

Beatriz Schertz

Ximena Seguel †

Teresa Segure

Norma Sielfeld

Javiera Silva

Macarena Silva

Sandra Soto

Carmen Sotomayor

Lucila Tapia

María José Tapia

Isabel Tenham †

Gabriela Torres

Viviana Torres

Luz Valdés

Juan Pablo Valenzuela

Xavier Vanni

Jorge Villalón

Rafael Vives

Cristián Warnken

José Weinstein

Alejandra Wormald

Jorge Zulueta

NUESTRAS ALIANZAS

- Agencia de la Calidad de la Educación
- Centro Educacional de Alta Tecnología - CEAT
- Centro de Estudios de Desarrollo y Estimulación Psicosocial - CEDEP
- Centre UC
- Centro de Perfeccionamiento, Experimentación e Investigaciones Pedagógicas - CPEIP
- Centro del Buen Trato UC
- Centro de Investigación Avanzada en Educación - CIAE
- Centro de Modelamiento Matemático - CMM
- Centro de Políticas Públicas UC
- Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos - DIBAM
- Fundación de Orquestas Juveniles e Infantiles de Chile - FOJI
- Fundación Había una Vez
- Fundación La Fuente
- Fundación Chile
- Fundación CIFAN
- Fundación Ludovico Rütten
- Ministerio de Educación
- Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio
- Ministerio de Desarrollo Social y Familia
- Universidad Diego Portales
- Pontificia Universidad Católica de Valparaíso
- Municipalidad de Arauco
- Municipalidad de Cañete
- Municipalidad de Coelemu
- Municipalidad de Constitución
- Municipalidad de Contulmo
- Municipalidad de Corral
- Municipalidad de Curanilahue
- Municipalidad de Curepto
- Municipalidad de Empedrado
- Municipalidad de Futrono
- Municipalidad de Lanco
- Municipalidad de La Unión
- Municipalidad de Lago Ranco
- Municipalidad de Lebu
- Municipalidad de Licantén
- Municipalidad de Los Álamos
- Municipalidad de Los Lagos
- Municipalidad de Mafil
- Municipalidad de Mariquina
- Municipalidad de Ninhue
- Municipalidad de Paillaco
- Municipalidad de Panguipulli
- Municipalidad de Portezuelo
- Municipalidad de Quillón
- Municipalidad de Quirihue
- Municipalidad de Ránquil
- Municipalidad de Río Bueno
- Municipalidad de San Nicolás
- Municipalidad de Teno
- Municipalidad de Tirúa
- Municipalidad de Trehuaco
- Municipalidad de Valdivia
- Municipalidad de Yungay

araucó

Fundación
Educativa



